DE LA VUELTA DE OBLIGADO A LA CAÍDA DE ROSAS

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

Las victorias de los federales en las provincias argentinas no significaron el hundimiento definitivo de los unitarios. Si sus ejércitos estaban deshechos, no lo estaban sus ideas. Ellas vivían en la patria y fuera de ellas. En Chile, con la neutralidad del presidente Prieto, que no distinguía entre los argentinos federales ni unitarios, sobresalía la pluma de Sarmiento, que analizaba la política de Rosas. En el Uruguay, otras plumas mantenían vivo el sentimiento de la unidad y de la organización de las provincias argentinas. En Chile, Joaquín Prieto se mostraba resentido porque Rosas no le había comunicado la paz con Francia. Rosas alegó que no lo había hecho porque esperaba la ratificación del gobierno francés. No obstante, era indudable que Chile no veía con gusto el mando de Rosas. Los famosos Pincheira, con mil quinientos indios borogas que seguían fieles a España, saqueaban y mataban tanto en Chile como en la Argentina. Rosas propuso a Prieto exterminar a esos bandidos. Prieto estuvo conforme, pero la lucha la llevó adelante únicamente Rosas. Pincheira fue vencido y los borogas se sometieron al gobierno de Chile. Ni el gobierno chileno ni su presidente agradecieron a Rosas su colaboración tan decisiva. Los diarios chilenos atribuyeron todo el mérito a Chile.

La muerte de Pincheira dejó a los indios, como siempre, en libertad de seguir robando. Rosas convino con el gobierno de Chile una acción conjunta sobre los indios. Chile debía avanzar por su frontera y las fuerzas de Rosas

por tres lugares distintos. Los tres ejércitos argentinos cumplieron su plan. Chile nada hizo. Por el contrario, dejó entrar a los indios que huían. Si el ejército chileno hubiera bajado hasta los ranqueles habrían sido destruidos y el problema indígena, en gran parte, habría quedado solucionado. Era evidente un entendimiento entre el gobierno de Chile y las indiadas que robaban ganados en la Argentina. Rosas terminó con los borogas y recuperó muchos cautivos cristianos, tanto chilenos como argentinos. Es difícil distinguir si la actitud inamistosa de Chile estaba dirigida contra Rosas o contra la Argentina. La aparente protección a los unitarios puede explicarse por la oposición que hacían a Rosas.

Bolivia pasaba momentos tristes. Hubiera sido fácil dividirla o quitarle la provincia de Tarija, que había pertenecido a Salta. Rosas no lo intentó. El hecho se atribuye a que no quiso aprovecharse de la debilidad boliviana. Es posible que así sea. Lo indudable es que Rosas nunca fue belicista. Temía las guerras y no las declaró a ningún país. Si la energía que desplegaba contra los unitarios, que perseguían la organización del país, la hubiese dirigido contra alguna nación vecina, la Argentina tendría otros límites. Encerrado en su escritorio, en vez de hablar, escribía o dictaba. Sospechaba de los sentimientos de Justo José de Urquiza, que tal vez hubiera debido ayudar a Pascual Echagüe cuando fue derrotado por Paz, en Caa-guazú. Esta victoria no sirvió de mucho a los unitarios. Brown venció a Coe y le quitó el *Cagancha*, el mejor de sus buques, el 9 de diciembre de 1841. Urquiza ocupó como gobernador el lugar de Echagüe. En Santa Fe, Juan Pablo López se dio vuelta hacia los unitarios. Rosas, con razón, lo llamó traidor. Los desacuerdos de Pedro Ferré, gobernador de Corrientes, con Rivera, presidente del Uruguay, malograron la victoria de Paz. Faltaban caballos y, sobre todo, faltaban decisiones.

El problema de la libre navegación de los ríos hacía concebir proyectos locos a no pocos diplomáticos. Hasta se habló de formar una nación con el Uruguay, Corrientes y Entre Ríos. Para colmo, era posible que se le agregase el Paraguay. Estas voces no llegaron ni a ruidos. Otro proyecto consideraba la posibilidad de un protectorado inglés en el Uruguay. Gran Bretaña tenía cerrados los

mercados europeos por el proteccionismo de algunas naciones. Sus obreros vivían y trabajaban en condiciones de una miseria espantosa, la peor que se haya conocido en Europa. Buscaba mercados en cualquier parte. En Sudamérica no había industrias que proteger. Pero había ríos cerrados. Eran los que querían abrir los europeos y las provincias por donde corrían. Rosas, para beneficiar el comercio y la aduana de Buenos Aires, cumplía las órdenes de sus patrones y los mantenía cerrados.

Paz fue quince días gobernador de Entre Ríos. No pudo sostenerse. La falta de cooperación de Rivera debilitó la Mesopotamia. En Buenos Aires, entre tanto, el pueblo amenazaba degollar en masa a los unitarios y extranjeros. La propaganda contra unos y otros excitaba a la multitud. Rosas presentaba esa realidad a los representantes de Francia e Inglaterra para que la comprobasen y reflexionasen. El odio a los unitarios era una obsesión, una psicosis colectiva. Nadie sabía porqué merecían tanta maldición. Lo real era que se les detestaba hasta la muerte. Su resistencia disminuía cada día. Apenas se sostenían en Corrientes y otros lugares. El ejemplo del odio empezaba por darlo el mismo Rosas. En una carta del 6 de mayo de 1842 a Tomás Manuel de Anchorena, le decía: "Hoy por la tarde he recibido su apreciable de ayer en que me dirige sus felicitaciones por las disposiciones para hacer cesar los horrores que se cometieron ha poco, y por los triunfos contra los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios, bárbaros enemigos feroces de Dios, de su patria, de la América, de los hombres y de la civilización del mundo". Todo esto por querer organizar la Argentina con un Congreso y una Constitución y repartir entre todas las provincias los ingresos de la aduana de Buenos Aires. Los partidarios de Rosas tenían también sus ideas. Manuel de Sarratea escribía a Francisco Beláustegui, el 8 de mayo de 1842, que la reforma de Rivadavia "no es más que imitación servil de lo que hay de peor en la materia" y que "el sombrero de tres picos y la casaca negra de nuestros jueces sustituida a la toga romana es cosa que da náuseas". Vicente Peñaloza, que ya empezaba a ser famoso como Chacho, invadió desde Chile, con unos pocos hombres, el norte de la Argentina. El ex fraile Aldao declaró "locos" a todos los unitarios el 31 de mayo de 1842.

Hasta Urquiza dispuso en junio de 1842 que quien intercediese por un unitario tendría su misma pena. Brown venció a José Garibaldi, antiguo profesor de matemática, y la navegación por el Paraná quedó asegurada a los federales.

Las esperanzas de los uruguayos en ayudas de Francia e Inglaterra tropezaban con tristes realidades. Esos países sólo buscaban sus intereses. Nada les importaba de la organización de la Argentina y del Uruguay, ni de las ambiciones, odios o ilusiones de sus políticos. El ideal, para ellos, habría sido un Río de la Plata abierto a la navegación internacional, con cláusulas de naciones más favorecidas para hacer la competencia a otros competidores. Si Rosas triunfaba comerciarían con él, y si vencían sus enemigos lo harían con ellos. Anhelaban tratados de comercio favorables y esperaban que uno de los dos bandos se sobrepusiese al otro para ofrecerle una protección cuando no la necesitase. Francia mostró ser egoísta, y Gran Bretaña, pérfida como siempre. El gobierno de Montevideo, esperanzado en una ayuda de Francia o de Inglaterra, cometió el error de confiar en ella y aun de mendigarla. Recibió desaires y comprendió que debía bastarse a sí mismo. Inglaterra, sobre todo, un país que hacía una guerra para vender opio a los desdichados chinos, y que en sus ciudades exhibía una opulencia y una miseria que asombraban, no podía tener en el Plata más sentimientos que los de un interés sórdido. Así lo experimentó el Uruguay, que hasta había pensado en un protectorado inglés para no caer en manos de Oribe y de Rosas, cuyas venganzas y castigos nadie puede imaginar. Bastaba con tener una idea del terror que cundía en Buenos Aires. Por otra parte, franceses e ingleses también se odiaban. Poco les importaba que en Buenos Aires se cortasen cabezas. Lo que les interesaba, ya lo dijimos, eran los acuerdos comerciales. Por ello, Francia e Inglaterra ofrecieron una mediación que Rosas no aceptó. Lo que Rosas quería era aniquilar para siempre a los unitarios, a los hombres que luchaban para organizar su patria. A Mandeville le dijo que debía obedecer los mandatos del pueblo, que eran los de una guerra despiadada a Rivera. Embuste mayúsculo e infantil. Los unitarios o antirrosistas andaban en malentendidos. Desconfiaban unos de los otros. Era

difícil tratar con Rivera y también con Ferré, con Paz y con Juan Pablo López. Rosas y Arana explicaron a Men-deville que los unitarios imitaban las modas y costumbres de París, que se rodeaban de extranjeros y admiraban todo lo que fuese extranjero y que esto desagradaba a la gente del pueblo. Unitarios y extranjeros eran una sola cosa. El pueblo los odiaba. Y Rosas aumentaba ese odio para hacer creer a los ministros de otros países que, si no se llegaba a una solución, el famoso pueblo degollaría a todos los extranjeros. En las calles se gritaban mueras a los extranjeros. A los párrocos se les recomendaba predicar en contra de los extranjeros. En la Legislatura, los oradores repitieron que no era posible ni conveniente hacer la paz con Rivera y que había que combatirlo hasta destruirlo. No podía aceptarse ninguna mediación: el pueblo lo impediría. Nada de paz. Guerra y guerra. Era la única manera de alcanzar algún día una verdadera paz. Hasta Pedro de Angelis, en una carta a Tomás Guido le contaba que "la noche de la última sesión, los amigos del gobierno fueron a felicitar al señor gobernador en su quinta, en donde se halla desde algunas semanas. Yo fui también, a patas, como todos, en traje de compadrito y gritando en todo el camino viva o muera, según era la solfa, y llegó a tanto mi generoso desprendimiento que, cuando asomaban las voces de mueran los gringos, yo contestaba: mueran".

La victoria de Oribe sobre Rivera, en Arroyo Grande, el 6 de diciembre de 1842, puso en peligro a Montevideo. Mucha gente pensó que los unitarios estaban perdidos. La defensa de la ciudad, principalmente por obra de los extranjeros, salvó la libertad y la futura organización de la Argentina. Rosas, más tranquilo, se preocupó en obligar a los obispos a no tener comunicación ni relación sospechosa que perjudicase la tranquilidad pública, a manifestar al gobierno cualquier cosa que supiesen en daño de la República o de su régimen federal y a cooperar "por los sermones, pláticas, confesiones y otras doctrinas, conversaciones y consejos, a que los hombres y las señoras, de todos sexos, clases y condiciones, sean las que fueren, y hasta los esclavos de ambos sexos y los niños de todas clases, a que usen la divisa punzó federal de nuestra Confederación, los hombres al lado izquierdo del pecho y las

señoras y demás mujeres de todas clases, chicas y grandes, en la cabeza del lado izquierdo". El comodoro Purvis ordenó a los buques de Rosas que se alejaran de Montevideo el 20 de marzo de 1843. La ciudad tuvo, momentáneamente, la seguridad de que no sería degollada. Rivera, enemistado con el general Paz, tuvo que reconciliarse con él porque era el único que podía defender la ciudad contra el sitio de Oribe. En la defensa colaboraron todos los extranjeros, empezando por Garibaldi y los jefes de otras legiones. El sitio de *La Nueva Troya* ha sido descrito por muchos autores. Tomás de Iriarte, en sus *Memorias*, no siempre leídas ni bien interpretadas, se extraña y sonríe de la incapacidad de Oribe. Coincidió, sin saberlo, con los juicios de Rosas sobre Oribe de años antes. Las acciones de Purvis fueron varias veces salvadoras. Hasta se dijo que Lafone había sobornado a Purvis para que hiciese lo que hizo. Como siempre, faltan las pruebas. En verdad, defendía los intereses y las vidas de los ingleses radicados en Montevideo. Cada cual cuidaba su cuello. Por algo tanta unión y tanto entusiasmo en la defensa. Eran más de tres mil los extranjeros que se turnaban en los muros. Los hermanos Madariaga habían entrado en la Mesopotamia, por Paso de los Libres, el 1º de abril de 1845. Su heroísmo no tuvo resultados. Los gobiernos de Francia e Inglaterra no sabían qué resoluciones tomar frente al empeño de Rosas de continuar la guerra contra Rivera hasta aniquilarlo y poder aniquilar, también, a los unitarios refugiados en el Uruguay. Rivera ofrecía ventajas comerciales. Lo más conveniente, para las naciones europeas, era declararse neutrales, dejar que unitarios y federales resolviesen por sí mismos sus problemas. Pero el problema suscitado por Rosas obligaba a un cierre del Río de la Plata y de sus afluentes. Era la ruina para las provincias argentinas, una situación absurda en el Uruguay y un obstáculo insalvable para el comercio mundial. Oribe pretendía gobernar sobre el Uruguay con un gobierno instalado en la ciudad de Buenos Aires y su persona, en guerra por las provincias en contra de los unitarios. Rosas sostenía esta situación inconcebible. Además, el Brasil no permanecía indiferente frente a estos hechos. Sus ojos sobre el Uruguay nunca se desviaron. Rivera había sido uno de sus generales y luego se había

convertido en un enemigo. Al Brasil le hubieran convenido dos cosas: anular a Rivera o romper la alianza de Rosas y Oribe. Oribe no contaba con un poder legislativo. Al Brasil le favorecía que Oribe no entrase en Montevideo. Pero cuando su cónsul fue retado a duelo por Garibaldi estuvo dispuesto a aliarse a Rosas en contra de Rivera. Rosas no aceptó la alianza. El Brasil no quería reconocer el bloqueo, pero tuvo que hacerlo. Esta obligación lo llevó a pensar en desquites futuros. Temía no sólo a Rosas, sino a la propaganda republicana que se extendía en el imperio. Los riograndenses habían demostrado de qué eran capaces. Podían unirse a cualquiera de los bandos y reanudar la insurrección. El Brasil terminó por comprender que, para él, lo que más le convenía era favorecer a los unitarios de Montevideo. Purvis era el ángel guardián de Montevideo, odiado por Rosas y Oribe y tolerado por su propio gobierno. El Paraguay buscaba el reconocimiento de su independencia. En Buenos Aires se comprendía que no era prudente echarse encima también al Paraguay. Había que fingirle una amistad. Para empezar, se le aseguró que jamás se emplearían las armas para obligar al Paraguay a reincorporarse a la Argentina. Una reincorporación no podía decidirla solamente Buenos Aires. Todas las provincias debían aprobarla. El comercio se haría con bandera argentina porque el Paraná pertenecía a la Argentina de costa a costa. Al Paraguay le habría sido muy ventajoso incorporarse a la Argentina para formar parte de una gran nación y no verse lleno de diplomáticos extranjeros que crearían mil conflictos. Por último, el Brasil, con un Paraguay independiente, tendría sobre él una influencia que no tendría con una gran Argentina. Cada provincia confederada, de acuerdo con la Ley fundamental, vivía conforme a sus instituciones. El Paraguay debía temer cualquier invasión de Rivera o de los unitarios. Esto último era un argumento más para causar impresión que verdadero. Lo indudable es que el Paraguay debe en gran parte al Brasil su independencia. Los estudios, fundamentales, del doctor R. Antonio Ramos sobre el Brasil y la independencia del Paraguay son esclarecedores. Lo cierto es que el 14 de marzo de 1844, el Congreso paraguayo dio al doctor Carlos Antonio López el poder ejecutivo, el legislativo y el

judicial. La dictadura del doctor Francia continuaba y seguiría en el hijo de Carlos Antonio, el general Francisco Solano López. Poco después, López mandó una división de cuatro mil hombres a Corrientes para que actuara contra Rosas mandada por el general Paz. El joven Francisco Solano era el jefe de esos paraguayos.

Lo grave estaba en Europa. Francia e Inglaterra no abandonaban la cuestión del Río de la Plata. Los representantes de Rosas, Manuel Moreno en Londres y Manuel de Sarratea, en París, podían gastar lo que quisiesen para polemizar en los diarios con las aseveraciones de los unitarios. En Buenos Aires, Pedro de Angelis estaba a las órdenes de Rosas y defendía su política en el *Archivo Americano*. La obsecuencia de Angelis hacia Rosas no podía ser mayor: "Disponga vuestra excelencia de mi voluntad, de mi persona, de todo cuanto me pertenece. Mi vida entera estará siempre vinculada a la persona y a la suerte de vuestra excelencia". Le faltó agregar: mientras estuviese en el poder. No bien cayó Rosas, Angelis, que tanto había combatido el sistema constitucional, se apresuró a esbozar un proyecto de Constitución que nadie tuvo en cuenta. Había que buscar otro sueldo. No perdamos tiempo con este personaje. Hay otro que merece un instante de atención. Es Florencio Varela, joven entonces, de talento literario y político. Una vez oyó hablar de la posibilidad de constituir una república con Corrientes y Entre Ríos y le preguntó al general Paz qué opinaba de esa idea. Paz, como es lógico, la rechazó rotundamente y así lo consignó en sus memorias. Sobre este particular, en realidad insignificante, pues no había una persona en Montevideo que no comentase ese proyecto, echado a rodar por los ingleses, se tejió la novela de que Varela quiso desmembrar la Argentina, etcétera. Leoncio Gianello, en su excelente vida de Florencio Varela, ha deshecho esta fábula o falsa interpretación de las palabras de Paz, que, por otra parte, no dice en absoluto que Varela haya tenido ese pensamiento, sino que le preguntó qué pensaba de él. Lo que ahora interesa es que, a instancias del representante inglés, Varela fue enviado a Londres, por nombramiento del 11 de agosto de 1843, para lograr una ayuda más efectiva. Su manera de pensar, en cuestiones internacionales, la expuso a Juan María Gutiérrez el 20 de abril

de 1838: "Yo no tengo partido en cuestiones internacionales: el extranjero armado contra mi país nunca tiene razón para mí". Si buscó la ayuda extranjera no fue porque se dirigiese contra su país, sino contra el hombre que impedía la organización, la unión, la libertad de su país. Varela, en Londres, no logró lo que esperaba. El ministro Aberdeen no estaba dispuesto a intervenir en el Plata a menos que Oribe siguiese degollando prisioneros. Y así se lo comunicó al mismo Oribe por intermedio de Mandeville. La política inglesa tenía muchas cosas en que ocuparse, empezando por la miseria de su pueblo y la rebelión de los irlandeses. En París, Thiers polemizaba con Guizot. Bien informado por Varela, impresionaba por su elocuencia y sus buenos datos. Los dos grandes historiadores veían con ojos muy diferentes la cuestión del Plata. Lo indiscutible era que en Montevideo había una fuerte colonia francesa que temía ser degollada. En la Argentina, Mendoza se entendía con Chile como si el encargado de las relaciones exteriores no existiese. Era un derecho que, en parte, le correspondía y, sin duda, un desaire a Rosas. Éste, con suavidad en el modo, trató de evitarlo. Tampoco quiso pronunciarse en la consulta que le hizo Chile acerca de las consideraciones que se tenían con el prisionero mariscal Santa Cruz. Rosas hubiera querido eliminarlo, para bien de América, pues temía un imposible regreso y la formación de un gran Estado al norte de la Argentina. Por fin, el 11 de enero de 1845, Perú y Chile resolvieron deportarlo a Europa. Bolivia, con el presidente Ballivian, reconoció la independencia del Paraguay y protegió a los unitarios. En Chile, no bien llegó el ministro argentino, doctor Baldomero García, Sarmiento empezó a publicar en folletín su extraordinario libro *Facundo o Civilización y barbarie*. Poco después, el presidente Montt encomendó a Sarmiento una misión en Europa para estudiar los métodos de educación.

En la Argentina, las provincias colmaban a Rosas de honores. Él los rechazaba. Más le interesaba ceder las islas Malvinas a Gran Bretaña a cambio de la cancelación del empréstito de los hermanos Baring que, en parte, había permitido ganar la guerra al Brasil. La negociación fracasó porque el gobierno inglés no la admitió. Sobre el empréstito contraído por Rivadavia para hacer progresar

el país y que, repetimos, en gran parte, se empleó para hacer frente al Brasil, se ha escrito y fantaseado mucho. Garrigós llegó a decir que se empleó "en promover la guerra civil en las provincias hermanas, para establecer el funesto sistema de unidad, que siempre han rechazado, y en enriquecer los hombres avaros y corrompidos..." Nadie sabe quiénes fueron estos hombres. Lo que sabemos es que Rosas fue reelecto y también lo fueron los gobernadores en sus provincias. Cada mandón se hacía fuerte en su provincia. Todos se odiaban entre sí.

El Brasil, con intenciones que no siempre se conocen a fondo, envió a Europa al vizconde de Abrantes. Este personaje, tiempo antes, había encomendado al marqués de Santo Amaro traer algunos príncipes para estas regiones. Su nuevo viaje obedecía a otros motivos. Tanto Aberdeen como Guizot proclamaban la neutralidad de sus países en los asuntos del Plata. En realidad, tenían muchos problemas en el resto del mundo, desde Marruecos y Argelia hasta el Pacífico y la India. Pero el Plata interesaba cada vez más. Abrantes tenía que averiguar qué pensaban hacer con el Uruguay y el Paraguay, tanto Francia como Gran Bretaña. En Londres creyó que Gran Bretaña y el Brasil intervendrían juntos en el Uruguay. Lo que Aberdeen logró, con esta vaga promesa, fue un tratado de comercio con el Brasil. En París, Guizot no necesitaba la alianza brasileña para intervenir en el Plata. Insistía en su neutralidad. Y llegó a pedir a Aberdeen que de ningún modo se aceptase la colaboración del Brasil. Si se intervenía en el Plata lo harían solamente Gran Bretaña y Francia. Sus fines eran, como decía Guizot, "la paz entre las dos riberas del Plata. Este es nuestro solo designio. Esperamos que el presidente Rosas aceptará una mediación que no tiene nada, absolutamente nada, de hostil para él..." Francia e Inglaterra no podían permitir que Buenos Aires o el Brasil se adueñasen del Uruguay.

Rosas, indudablemente, fue un mal político. No quiso hacer la unidad de su país ni la grandeza de la Argentina. Un estadista con otras visiones internacionales habría recuperado Tarija, reincorporado el Paraguay y dividido el Brasil con la alianza de los riograndenses. Montevideo, o sea, el Uruguay, habría podido ser reincorporado a las Provincias Unidas. Y todo con esfuerzos menores. Pero

no era militar, ni tenía amplias visiones, ni tampoco las tenían los señores de la Legislatura que, en realidad, eran quienes, zorramente, mandaban y disponían lo que el mascarón de proa —Rosas— aparentaba crear y realizar. En verdad, la única explicación de su inoperancia, de su incapacidad, era el miedo que tenía a Ballivian, a Carlos Antonio López y a cualquiera que se le pusiese adelante. Siempre hizo combatir a quienes lo atacaban por medio de sus generales, aunque fuesen extranjeros, como Oribe. Personalmente jamás dirigió una acción —salvo la que significó su fuga—, ni mostró una sombra de heroísmo, ni tuvo un proyecto grandioso, ni siquiera mediocre. Lo que le interesaba era que el país no se constituyese, para dominarlo, y que los unitarios que amenazaban con organizar la nación fuesen destruidos. Por ello, su bloqueo de Montevideo.

Esta actitud de Rosas no era comprendida por quienes aspiraban a poner fin a la guerra en el Plata. La reposición de Oribe como presidente del Uruguay, después de su expulsión por Rivera, no era motivo para tanta algarazara. La guerra contra Rivera, que Rosas y la Legislatura no querían detener, hasta degollarlo o expulsarlo a Europa o Estados Unidos, parecía —y lo era— un empeño absurdo. Lógicamente, quienes no admitían tanta incapacidad en Rosas, tan poca ambición para su patria, le atribuían pensamientos superiores, dignos de un gobernante europeo, e imaginaban que, al igual que el Brasil, proyectaba reanexar el Uruguay a las Provincias Unidas. No soñaban que su único objeto era reponer a Oribe para cortar las cabezas a los últimos unitarios a fin de que no insistiesen en su propósito de dar a la Argentina un Congreso, una Constitución, una capital y una presidencia. Los ojos de Rosas miraban más las provincias que el horizonte europeo. En efecto: el 7 de diciembre de 1844, Corrientes firmó un tratado con el Paraguay sin dar intervención al encargado de las relaciones exteriores. El general Paz estaba en Corrientes. Urquiza infundía sospechas. Lleno de miedo, Rosas ordenó el 8 de enero de 1845 que la navegación con Montevideo quedase cerrada y que ningún barco saliese de los puertos de la Confederación rumbo a Corrientes o al Paraguay. Esta medida significaba alterar la paz en el Plata. Era Rosas el que la tomaba.

No eran los extranjeros los que la imponían. El almirante francés Lainé declaró que no aceptaba esas modificaciones si no tenía órdenes de su gobierno. El conflicto estaba abierto, no por culpa de Lainé ni de otros, sino, única y exclusivamente, por culpa de Rosas. Igual resolución a la de Lainé tomaron los jefes de los barcos franceses y norteamericanos. Rosas tuvo una alegría: Urquiza batió a Rivera en India Muerta.

Francia e Inglaterra llegaron a la conclusión de que había que poner fin a esa guerra incomprensible en el Río de la Plata. Rosas empeñado en destruir a Rivera, sin admitir transacciones ni paces. El río Paraná imprevistamente cerrado a la navegación. Nadie podía dirigirse a Corrientes ni al Paraguay por causas que sólo interesaban a la provincia de Buenos Aires y no a las otras provincias. El Brasil se sentía desairado al no ser admitido su propósito de intervenir en la solución de los problemas que Rosas había creado en el Plata. Su fin, indudablemente, era dividir. Había reconocido la independencia paraguaya el 14 de septiembre de 1844. El Paraguay, también deseoso de tener vecinos pequeños, trató de que Corrientes y Entre Ríos se convirtiesen en Estados independientes. Carlos Antonio López negó este hecho, pero otros documentos lo confirman. También podía prepararse una guerra del Brasil unido al Paraguay en contra de Rosas. Éste cerró la frontera con el Paraguay el 16 de abril de 1845. Entretanto, Gran Bretaña nombró su representante a Ouseley y Francia al barón Deffaudis. Sus fines eran los de asegurar la independencia del Uruguay y lograr la libre navegación de los ríos. El Brasil, definitivamente alejado de una posible alianza en contra de Rosas, no ratificó su otra alianza con el Paraguay y se puso a esperar. Los representantes de Francia e Inglaterra pidieron a Rosas una suspensión de las hostilidades mientras trataban la paz. Rosas se empeñó en intensificar la guerra, en no levantar el bloqueo y en exigir la participación del representante norteamericano. Eran obstáculos que deliberadamente creaba Rosas para no interrumpir su presión sobre el Uruguay. Como respuesta, "el pelafustán Mascarilla", Juan Pablo López, hermano del difunto Estanislao López, entró en la ciudad de Santa Fe el 6 de julio de 1845.

Contemplado objetivamente, el panorama político del Río de la Plata mostraba un aspecto que sólo Rosas podía modificar. Era indudable, como declararon los representantes de Francia e Inglaterra, que Rosas no tenía "sentimientos conciliatorios". Quería mantener el bloqueo, que se admitiese la mediación del representante norteamericano, que la guerra no se interrumpiese, que los ríos permaneciesen cerrados para el comercio con Corrientes, el Paraguay y las restantes provincias del Litoral. Había alargado inútilmente tres meses las negociaciones. Las "horribles crueldades" habían aumentado en el sitio de Montevideo. El encargado de negocios de Estados Unidos, para facilitar las negociaciones, retiró su oferta de mediación. Los residentes franceses e ingleses pidieron que la intervención se anulase. Pero todo fue inútil. La pequeña escuadra argentina fue obligada a regresar a Buenos Aires. Franceses e ingleses bloquearon los puertos de Oribe. Brown fue llamado "un desequilibrado". El bloqueo fue "ficticio". Pero Rosas tomó otras medidas. Nadie navegaría en el Paraná. Si las provincias del Litoral sufrían con el cierre de su río, que sufriesen. Ordenó cargar buques con piedras y echarlos a pique en la Vuelta de Obligado. Fue el 27 de julio de 1845. Una gruesa cadena debía unir ambas orillas, en las cuales se construirían dos fuertes y baterías. No había declaración de guerra por ninguna de las partes. La guerra continuaba entre Montevideo y Buenos Aires. Garibaldi tomó la Colonia y Martín García. Poco después haría lo mismo con Gualeguaychú, Paysandú y El Hervidero. En Buenos Aires empezaron las represalias contra los extranjeros. La Mazorca se hizo famosa. En Montevideo se organizó un convoy mercante, protegido por las escuadras de Francia e Inglaterra, que debía remontar el Paraná y llegar hasta Corrientes y la Asunción.

Rosas pudo detener el convoy que iba a forzar la Vuelta de Obligado. El choque cruento se habría evitado. No lo hizo. Mandó reforzar las baterías y colocar junto a la cadena una serie de barcos acoderados. Envió municiones. Adiestró las tropas. El convoy salió de Montevideo el 17 de noviembre de 1845. No se sabe bien el número de buques. Se dice que había unos cien barcos mercantes, quince veleros y siete vapores. La batalla imprecadera

fue el 20 de noviembre de 1845. Muchos autores la han descripto de acuerdo con testimonios de ambas partes. El heroísmo de argentinos, franceses e ingleses fue insuperable. Las cadenas fueron rotas, sobre yunques, a martillazos, bajo las balas que derribaban a los improvisados herreros. Las baterías argentinas fueron destruidas. El enorme convoy pasó. La derrota de Rosas fue total. Él no estaba, como de costumbre, en el peligro. Todos cumplieron con su deber o su obediencia ciega. Ocho horas bastaron para demostrar a Rosas que su poder no era invencible. Ocho horas hicieron saber al mundo que China había levantado una inmensa muralla para impedir las invasiones de los mongoles y que el gobierno de Rosas había puesto cadenas en el río Paraná para impedir que por él subieran la colonización, el comercio, la riqueza, la cultura, la inmigración. Los barcos mercantes compraron miles de cueros en Corrientes y llegaron hasta la Asunción. Hay un rasgo que honra a Rosas. Reconoció, con altura y nobleza, que las fuerzas francesas e inglesas se habían limitado a pasar y no habían cometido ningún desmán. En la *Gaceta Mercantil* dijo, entre otras cosas, lo siguiente: "La conducta de los jefes y oficiales franceses e ingleses, después del combate, los honra y muestra el respeto que han tributado a un enemigo valiente y generoso y a una causa justa. Según el último parte del teniente coronel don Juan Thorne al general en jefe no han hecho botín; han respetado los alojamientos y propiedades, y no han desdorado su valor con ningún acto reprobable. No pocos de esos mismos jefes y oficiales de la marina de Francia y de Inglaterra, contra sus convicciones y conciencia, habrán combatido por subordinación, por deber, por honor, en ese ataque injustísimo en todo sentido, inútil en todas sus consecuencias y resultados y contrario a la humanidad. Ellos han salvado el renombre de valientes peleando con adversarios capaces de valorarlos, como de resistirlos gloriosamente. Mas la responsabilidad de la sangre que tan copiosamente ha corrido es enteramente de los ministros de Inglaterra y de Francia, contra las declaraciones más solemnes y explícitas de sus respectivos gobiernos que, no habiendo declarado la guerra, no es creíble que aprueben tan deplorables excesos... Queda a ellos solos este anátoma de la justicia y de la humanidad".

La Vuelta de Obligado no pasó de un episodio. Corrientes era una provincia o Estado autónomo. Nada lo ligaba al resto de las otras provincias. Tenía derecho a comerciar con quien quisiese. Había retirado tiempo antes el encargo de las relaciones exteriores al gobernador de Buenos Aires. Éste, o sea, la provincia de Buenos Aires, se oponía a que otra provincia mantuviera sus relaciones comerciales con otros países. Era una pretensión que nada justificaba. El viejo tratado de 1831, tantas veces inútilmente invocado, no regía para Corrientes y, en realidad, para nadie. Buenos Aires había querido impedir que naves de otros países remontasen el río Paraná hasta Corrientes y el Paraguay y no lo había logrado. No había habido una guerra. Había habido una interferencia violenta por parte de Buenos Aires que terminó en la nada. Sólo sobreviviría, de ese hecho, el recuerdo del heroísmo de ambos bandos, que se derrochó sin provecho. Los hombres de Buenos Aires cumplieron con su deber, obedecieron a sus superiores, se hicieron matar para que su provincia impidiese el comercio, la riqueza, de las otras provincias, para que el país siguiese en el estancamiento más inverosímil. Los hombres de otros países murieron para que los ríos fuesen navegables y para que los hombres de buena voluntad se diesen las manos.

En Buenos Aires, la derrota causó indignación. Y hubo que aguantarla. Los historiadores modernos comentan la batalla con un lógico patrioterismo. Distorsionan los hechos y las verdades. Mejor no entrar a refutarlos en detalle. Hasta dicen que Rosas nada tenía que ver con el Uruguay, que Oribe era el único que mandaba en su tierra, que sólo había unos pocos argentinos a las órdenes de Oribe, que la Sociedad popular restauradora no cometía ningún atropello, que nunca se alentó el odio a los extranjeros, etcétera. También sostienen que los representantes de Gran Bretaña y de Francia eran los órganos del bando unitario. Resulta inexplicable, si así fue, que los unitarios se hayan considerado traicionados, abandonados, por esas naciones. Unos y otros tenían un enemigo común. Lo natural es que se hubiesen unido frente al mismo peligro o enemigo. La historia nos dice que no lo hicieron y que, cuando les convino, Francia y Gran Bretaña abandonaron el bloqueo. Y algo más: ¿por qué se habrían unido

los unitarios y los extranjeros? ¿Qué perseguían estos extranjeros? Rosas hizo creer a mucha gente que Francia y Gran Bretaña aspiraban a conquistar esta parte de América, a convertirla en un protectorado o a anexársela simplemente. Hoy los historiadores serios que defienden el sistema rosista no repiten estas fábulas. Lorenzo Torres, el gran servil y camaleón, gritaba en la Legislatura que los extranjeros "vienen a asaltar un país amigo sin que los impulse otra cosa que el odio y la ambición". Las naciones no hacen bloqueos ni gastan millones y millones por simples sentimientos de odio y de ambición. La gran causa era la libre navegación de los ríos. Algunos países la habían admitido. Otros la negaban. Pero las negaciones eran aún admisibles cuando los ríos eran exclusivamente nacionales. El Paraná corría entre provincias o Estados que no constituían una nación organizada. Cada una, de acuerdo con la Ley fundamental, se regía conforme a sus instituciones. No habían constituido un Congreso, no tenían una Constitución, no existía una capital de la república, no había un presidente, sino, tan sólo, un gobernador que representaba a los demás en lo que se refería a las relaciones exteriores, no en lo que corresponde a la nación en su organización y constitución. Por ello el Paraná que, por otra parte, conducía a una república como la del Paraguay, debía ser libre. El inglés Ouseley imaginó que si Corrientes y Entre Ríos se declarasen Estados libres, el Paraná ya no sería un río de una sola nación y se convertiría en navegable. La opinión o proyecto fue bien conocido y es muy posible que hasta el último gaucho lo haya comentado; pero una cosa es hablar de un proyecto y otra es compartirlo, sostenerlo, defenderlo, y esto no lo hizo ningún argentino. Lo que, en cambio, se deseaba ardientemente, en todas las provincias y en los Estados vecinos, era la libre navegación de los ríos. Esta libre navegación habría sido la riqueza del país y de los países linderos. Era algo que se aspiraba desde largo tiempo y que, con la oposición de Buenos Aires, no se lograba. Problema simple y, a la vez, de solución casi imposible, que los historiadores partidarios de la desmembración argentina se guardan muy bien de tocar en sus obras, por lo general perfectamente documentadas en todos los pormenores que no se refieren a este hecho. Si la Argentina hubiese sido un país

organizado, como lo eran sus vecinos, con un Congreso, una Constitución, una capital y un tesoro nacional, el problema de la libre navegación de los ríos no habría existido. La nación soberana la habría permitido o no la habría permitido. Todo era cuestión de la voluntad y resolución del Congreso, o sea, de las provincias representadas por sus diputados. Pero la Argentina no pasaba de un nombre y de un ideal. No era una nación organizada. Las provincias eran Estados jurídicos y políticamente independientes. La Ley fundamental lo había establecido y ninguna otra ley, ningún acuerdo de todas las provincias, la había derogado. Cada una conservaba intactas sus instituciones, se gobernaba conforme a ellas y no aceptaba una Constitución, ni un Congreso, ni reconocía una unidad. Por ello que una provincia, Buenos Aires, era contraria a la libre navegación de los ríos, porque le convenía que todo el comercio se hiciese por el puerto de Buenos Aires, y las otras provincias soñaban con esa libre navegación que habría representado su rápido desarrollo y enriquecimiento. No es de extrañar que Buenos Aires se opusiese a los extranjeros que pedían la libre navegación de los ríos y combatiésemos con la más extremada crueldad a Corrientes, por ejemplo, que, en esos momentos, exigía la libre navegación. El mismo general don José de San Martín, en una carta al cónsul de la Argentina en Londres, Federico Dickson, le explicó estratégicamente las dificultades que tendría cualquier ejército extranjero que se apoderase de Buenos Aires para subsistir y no ser deshecho y, respecto a "la pacificación de las dos riberas del Río de la Plata", le expresó que, "según mi íntima convicción, desde ahora diré a usted no lo conseguirán; por el contrario, la marcha seguida hasta el día no hará otra cosa que prolongar por un tiempo indefinido los males que se tratan de evitar y sin que haya previsión humana capaz de fijar un término a su pacificación".

Otro hecho que entonces se discutió, y ahora también, fue el de si Gran Bretaña tenía obligación y derecho de garantizar la independencia del Uruguay o no los tenía. Cuando se resolvió entre la Argentina y Brasil, con la mediación de Inglaterra, la independencia del Uruguay, como Estado tapón entre los dos contendientes, nadie estaba seguro de que el Brasil, en cualquier oportunidad, podía in-

tentar una nueva anexión del Uruguay. Por ello Gran Bretaña apareció como garante de esa independencia. Es lo que creyó representar en los años que estamos comentando, el 1845 y poco antes y poco después. No obstante, esa garantía fue tachada de inexistente. El ministro de Rosas en Londres, el doctor Manuel Moreno, se encargó de demostrarlo. El 3 de diciembre de 1845 explicó al conde de Aberdeen: "En fin, la Inglaterra no fue parte en el tratado que estableció la independencia de la república del Uruguay. Ni ella ni Francia han garantido nunca la dicha independencia. La posición contraria que asume el Manifiesto está manifiestamente contradicha por la independencia. El haber sido mediadora la Inglaterra en dicha convención no la hace parte en el contrato: sus oficios cesaron desde que los beligerantes se entendieron para la paz. Ninguno ignora la diferencia que hay entre mediación y garantía, y que esta última, y no la primera, es la que constituye parte en un contrato y funda derechos y obligaciones que ejercer."

"Lejos que Inglaterra se hiciera parte en las estipulaciones del tratado, bien al contrario, habiéndose pedido su garantía por uno de los contratantes, la rehusó su ministro, el muy honorable lord Ponsonby, y por eso es que el tratado de 1828 no está firmado por el enviado inglés. Aunque a aquella fecha el gran Canning había ya muerto, su espíritu existía en sus instrucciones a lord Ponsonby, quien negó la garantía pedida porque dijo «que no era la política y principios de la Inglaterra intervenir ni hacerse parte en asuntos puramente americanos». Este hecho lo atestiguará el archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de Su Majestad."

Quedaba en discusión si Inglaterra había salido garante de la independencia del Uruguay o no había salido. Lo que no podía discutirse era que, en esos momentos de 1845, la estaba garantizando. Y esto era lo que enloquecía a Rosas que, con ese obstáculo, no podía aniquilar a Rivera y a los unitarios que vivían en el Uruguay. No se olvide que los unitarios luchaban por la unificación del país y la libre navegación de los ríos. En Francia, algunos periodistas suponían que la obstinación de Rosas en mantener la guerra con el Uruguay obedecía a un proyecto grandioso: reconstruir el antiguo virreinato, formar una inmensa república

en esta parte de América que habría servido de contrapeso a los Estados Unidos. No faltan autores, en nuestros días, que quieren atribuir a Rosas ese intento genial. El proyecto le habría resultado imposible por los nacionalismos exacerbados que habría encontrado en todas partes. Habría sido superior al mariscal Santa Cruz que, bien o mal, logró unir dos naciones, mientras que Rosas lo único que hacía era desunir a su patria. Pero no: Rosas no tiene esta gloria, este sueño grandioso que le habría dado un renombre entre los famosos utópicos. Cuando el artículo de un diario francés fue conocido en el Plata y *La Gaceta Mercantil* lo reprodujo, la misma *Gaceta* se apresuró a negar ese proyecto. Por otra parte, no existe la más mínima prueba de que Rosas haya alimentado jamás semejante sueño, que hoy lo honraría aunque fuese como visionario. Los unitarios y no unitarios que leyeron la fantasía francesa no pudieron menos que sonreír ante semejante proyecto que recordaba a Carlo Magno, a Napoleón o a Bolívar. Todos sabían lo difícil, por no decir absurdo, que era, y no se habló más.

Lo real era que en el Río de la Plata el comercio sufría las consecuencias de la lucha. Había que terminarla de alguna manera, pero tampoco podían Francia e Inglaterra dejar que el Uruguay cayese en manos de Rosas o de Oribe, que era lo mismo, y sucediese lo que todos sabían que podía suceder: persecución espantosa contra un mundo de personas. En el Brasil, desairado por no haber sido admitido en la intervención, algunos diarios condenaron la acción de Francia e Inglaterra. En Estados Unidos se evocó la doctrina Monroe y también se censuró la intervención. Las provincias, como es natural, apoyaron a Rosas, pero algunas mostraron signos de descontento. Entre Ríos, donde gobernaba Urquiza, se quejó de que unos barcos habían sido detenidos, y Mendoza recordó que los comerciantes lo único que deseaban era que hubiese comercio. Rosas declaró piratas a los capitanes y tripulantes de las naves que habían tomado parte en la batalla de Obligado. Como tales serían juzgados.

La alianza de Carlos Antonio López con Corrientes fue un hecho de caracteres singulares. Su ejército, mandado por su joven hijo, no debía atacar, sino esperar a ser atacado durante cuatro meses. No ayudó al general Paz y la

alianza quedó en nada. López sólo buscaba la independencia de su país y esperaba el apoyo del Brasil que no se lo regateó. Urquiza tomó prisionero a Juan Madariaga en la batalla de Laguna Limpia, el 4 de febrero de 1846. Era un gobernador aparentemente aliado de Rosas que planeaba en secreto su derrocamiento. El momento no era oportuno. En el Uruguay hubo cambios en el gobierno. Joaquín Madariaga, en Corrientes, no se entendió con Paz y éste tuvo que alejarse. Era una disgregación que perjudicaba a todos. López, del Paraguay, no vaciló en revelar, en su diario, los propósitos de levantar a Urquiza contra Rosas. Éste empezó a olfatear algo que no le gustaba. Urquiza no vaciló. Escribió a Rosas que le habían propuesto formar una nueva nación con las provincias de Corrientes y Entre Ríos y ser él el presidente. Como es lógico, había rechazado el proyecto. En apariencia, Rosas llevaba la delantera; pero en el Litoral había una vieja semilla que, tarde o temprano, se desarrollaría. Entretanto, los franceses e ingleses bombardearon el paso del Tonelero el 11 de febrero de 1846, y el 21 de abril hicieron lo mismo en el puerto de la Ensenada. El 4 de junio de 1846, los barcos que volvían de la Asunción y de Corrientes tuvieron otro choque con las baterías del general Mansilla ubicadas en San Lorenzo. La guerra no existía, pero los cañones tronaban. Estas noticias, en Europa, hicieron meditar a los gabinetes de Francia e Inglaterra que era mejor levantar los bloques y dedicarse a otros problemas. Inglaterra envió a Buenos Aires a mister Hood. Llegó el 3 de julio de 1846. Se habló de una solución sobre la base de que Rosas colaboraría con los franceses e ingleses en la suspensión de las hostilidades en el Uruguay, que las tropas argentinas se retirarían, que los extranjeros serían desarmados, que el bloqueo sería levantado, que Martín García sería devuelta, que la navegación del Paraná sería reconocida como interior de la Confederación, que en el Uruguay se elegiría un nuevo presidente, que Oribe decretaría una amplia amnistía, que si el gobierno de Montevideo no aceptaba las bases admitidas por Rosas y Oribe, éste daría garantías a todos los extranjeros y los interventores se alejarían de Montevideo.

Era el comienzo del fin. Rosas aceptó las proposiciones de Hood con pequeños retoques. Esperó que Oribe

hiciera lo mismo, y lo hizo; pero el gobierno de Montevideo y los ministros Ouseley y Deffaudis se opusieron. Tenían sus razones. Empezaron por no aceptar las insignificantes modificaciones introducidas por Rosas en el tratado. Hood pidió a Rosas que no las hiciera para que el tratado no volviese a ser estudiado y aprobado por los ministerios de París y de Londres, lo cual llevaría un enorme tiempo. Ouseley ordenó a Hood que volviera a Inglaterra. La Legislatura de Buenos Aires confirmó las modificaciones hechas por Rosas al tratado. La paz no se haría. La culpa, según los miembros de la Legislatura, la tenían Ouseley y Deffaudis que pretendían enviar a Europa las modificaciones, insignificantes, hechas por Rosas al tratado. Si Rosas las hubiese evitado, nada se habría opuesto a una paz inmediata. Pero todo quedó peor que antes, con nuevos rencores y nuevas acusaciones recíprocas. El fin, aparentemente tan próximo, estaba otra vez lejos.

Hoy se sabe que Urquiza envió a Montevideo a su primo Juan Castro, en junio de 1846, para tener noticias de lo que allí ocurría y qué harían los representantes de Francia e Inglaterra. Rosas estaba muy fuerte, pero los unitarios no se dormían en el Uruguay, ni en Bolivia, ni en Chile. El proyecto de crear un Estado independiente con las provincias de Corrientes y Entre Ríos no era tan grave como parecía. Habría tenido una duración probablemente breve, hasta que se realizase un Congreso y se aprobase la Constitución. En ese instante se reuniría otra vez a las otras provincias. Así lo habían proyectado los Madariaga. Mientras se maduraba el proyecto, que Urquiza no compartió, se pensó en otra realización: un entendimiento de Urquiza, gobernador de Entre Ríos, con Joaquín Madariaga, gobernador de Corrientes. El tratado, compuesto de dos partes, una pública y otra secreta, fue firmado el 15 de agosto de 1846. Emilio Ravignani, Beatriz Bosch y Julio Irazusta lo han estudiado a fondo. Tomás de Iriarte comentó las noticias, a menudo deformadas, que llegaban a Montevideo. Era un levantamiento contra Rosas lleno de disimulos. En realidad perseguía la organización nacional, un Congreso y una Constitución. Rosas se indignó. Urquiza había obrado por su cuenta, sin pedir su permiso como encargado de las relaciones exteriores. El problema, no obstante, no se refería a cuestiones diplomáticas, sino

internas en las cuales Rosas no tenía ningún derecho a intervenir. Urquiza había enviado copias de los dos tratados para su aprobación. Madariaga no lo había hecho. Las dos provincias iban a servir de refugio o asilo a los unitarios. Urquiza reconocía el régimen de Corrientes. Madariaga no reconocía el de la Confederación, ni el de Rosas. Urquiza hablaba en nombre de toda la Confederación. Corrientes ofrecía reconocer nuevamente a Rosas como encargado de las relaciones exteriores. Siempre lo había sido y ese carácter no había cesado en ningún momento. Corrientes, de acuerdo con el tratado, quedaba neutral en la cuestión con Francia e Inglaterra. Corrientes también mantenía un tratado con el Paraguay que no había sido hecho en Buenos Aires. Corrientes quedaba, de hecho, convertida en un Estado independiente.

Rosas comprendió que no podía romper con Urquiza. Debía utilizarlo contra Joaquín Madariaga. Urquiza había informado a las provincias del tratado de Alcaraz. Catamarca y Jujuy habían manifestado su adhesión. Arana contestó a Urquiza el 12 de octubre de 1846. Le hizo notar, entre otros detalles, a su juicio gravísimos, que Corrientes quedaba convertida en un Estado independiente. En él se refugiarían los unitarios. Otras provincias podían imitar ese ejemplo. La nacionalidad podía disolverse. Urquiza había firmado como gobernador y no como general en jefe del ejército de operaciones de la Confederación. Rosas escribió a Madariaga en la misma fecha. Los tratados de Alcaraz no preparaban un porvenir dichoso a la Nación Argentina. Corrientes no quedaba reincorporada a la Confederación. Era preciso que reconsiderase con Urquiza esos inconvenientes. Lo mismo dijo Rosas a Urquiza en otra carta. Debía, Urquiza, llegar a otro arreglo con Corrientes. Urquiza se sentía independiente y hasta aceptó un pedido de mediación que le envió el gobierno de Montevideo.

Urquiza se hizo sospechoso a Rosas con sus tratados de Alcaraz y su mediación entre Oribe y Rivera. Era un hombre que empezaba a actuar por sí solo, como si a él también correspondiera el encargo de las relaciones exteriores. En realidad, Urquiza no pretendía ese encargo. Como gobernador de una provincia autónoma creía tener facultades —y las tenía— para hacer tratados con otras

provincias e intervenir, como amigable componedor, entre otras autoridades, aunque perteneciesen a otro país. No nos olvidemos que la nación no estaba constituida, que ningún pacto obligaba a las provincias a considerarse un Estado y una nación. El de 1831 estaba lejos y no especificaba una organización. Lo indudable es que Rosas se mostraba indignado. Prohibió a su amigo Vicente González, el Carancho del Monte, que se escribiese con Urquiza, que era pariente suyo. Acusó a éste de estar en connivencia con unitarios. Los periódicos de estos hombres lo cubrían de elogios y él no protestaba. Urquiza no supo que Rosas lo trataba de miserable y de traidor en sus cartas con otras personas. Advirtió que estaba en peligro y rehusó intervenir en la cuestión uruguaya. También dio marcha atrás a los tratados de Alcaraz. No obstante, en el Brasil se hablaba de él como del único gobernador argentino que podía enfrentar a Rosas. Los unitarios estaban convencidos de ello. Urquiza habría podido lograr una paz entre Oribe y Rivera; pero Rosas se oponía. Quería el aniquilamiento de Rivera y la entrega a Oribe de Montevideo. Así podría anular para siempre a los unitarios y dominar a las provincias del Litoral. Éstas no se convencían de las razones de su encierro y aspiraban a comerciar como lo hacía Buenos Aires. Corrientes detestaba la divisa colorada. Los Madariaga, lo mismo que Ferré, se mostraban irreductibles. Y tenían razón. La unión nacional y el pacto federativo de que hablaba Rosas no existían. Eran argumentos falsos para justificar el dominio de Buenos Aires sobre las provincias y la representación de las relaciones exteriores. Cada provincia, de acuerdo con la ley fundamental, era dueña de sus instituciones y de su destino. Cuando todas aceptasen la Constitución, esa independencia o autonomía cambiarían.

Entretanto, la intervención europea no dejaba de preocupar a Rosas. Sabía muy bien que no pretendía conquistar media América, sino impedir que él se adueñase del Uruguay con la máscara de Oribe. Hasta creía, por los informes delirantes de Manuel Moreno a Tomás Guido, que la expedición del general Flores, ansioso de recuperar el poder en el Ecuador, tuviere por fin establecer monarquías en América con un infante español. El mismo Flores podía incitar al Brasil a ocupar Montevideo o

él mismo unirse a Rivera para dominar en el Río de la Plata. El miedo de Rosas siempre fue grande; mas, en este caso, apenas lo manifestó. Palmerston pensaba hacer la paz con el acuerdo de Francia entre Rosas, Oribe y Rivera; pero Rosas se mantenía firme en su obstinación de aniquilar a Rivera.

En mayo de 1847 llegaron a Buenos Aires un emisario francés y otro inglés. El francés era el conde de Waleski, hijo natural de Napoleón y de la condesa Waleska. Vino con su joven mujer, italiana y embarazada. El inglés era, según Angelis, un "saltimbanqui", místico Howden, que hablaba el español a la perfección por haberlo aprendido en España. Sus instrucciones no coincidían con las que había tenido místico Tomás S. Hood. Proponían la paz y no excluían al gobierno de Montevideo. Rosas, firme en su propósito de dominar, por medio de Oribe, en Montevideo y anular a Rivera, no aceptó ninguna propuesta de paz ni, menos, la libre navegación de los ríos. Era algo que habría permitido comerciar a las provincias interiores y del litoral. Howden advirtió de entrada la "tozudez" de Rosas y así se lo dijo a lord Palmerston. Y Waleski también comprendió el deliberado propósito de Rosas de obstaculizar cualquier acuerdo. No perdieron tiempo y dieron las conversaciones por terminadas. El comercio se hundió aún más en la crisis que padecía. Rosas difundió nuevamente la fantasía de que las naciones europeas pretendían conquistar media América y él la salvaba de ese desastre. La fábula fue repetida y agrandada en la Legislatura de Buenos Aires por los adulones de Rosas que lo mantenían en el poder. Manuel Moreno, desde Londres, atizaba el fuego de la imaginación. La verdad, que los historiadores rosistas callan estudiadamente, es que Buenos Aires no quería admitir la libre navegación de los ríos que habría hecho la riqueza de las provincias y quitado derechos de aduana a Buenos Aires. El odio a los extranjeros que pedían la libre navegación se acrecentaba. Angelis escribía a Guido, el 17 de noviembre de 1847, "que don Tomás Anchorena aconsejaba un día al señor gobernador de hacer prender a todos los extranjeros que vivían en Buenos Aires, marcarlos a fuego en los dos carrillos y mandarlos después con esta recomendación a las provincias interiores. Excepto la hierra y sobre todo en los dos carrillos, me conformaría

con todo lo demás". Comprobamos que Rosas era más sensato que su "oráculo", como él lo llamaba, y que Angelis estaba dispuesto, como extranjero, a ser enviado a las provincias con tal que no lo marcasen. Nadie habría dicho si cientos de italianos hubiesen seguido ese camino. Así sabemos quiénes crearon la xenofobia en la Argentina.

Urquiza, para no ser aplastado por Rosas, se volvió contra sus aliados, los Madariaga, y el 27 de octubre de 1847 los venció en el Potrero de Vences. La paz interior parecía segura. En realidad estaba al borde de un cambio total. En Europa, en el Brasil, en todas partes donde interesaba el Río de la Plata, se comprendía perfectamente que el único obstáculo era Rosas o, mejor dicho, su gobierno que lo sostenía y alentaba. El Uruguay no podía ser entregado a Oribe, ni expulsado el gobierno de Montevideo, todo para complacer el odio de Rosas y la política de Buenos Aires. Estos sentimientos y esta política cerraban el camino a las provincias y al Paraguay para no disminuir las entradas de la aduana porteña. Así partieron, con estas convicciones, los comisionados inglés y francés Gore y Gros. Poco después, entre el 22 y 24 de febrero de 1848, el trono de Luis Felipe se derrumbó y la república fue proclamada en París. Gore y Gros llegaron a Buenos Aires el 17 y el 19 de marzo de 1848. En seguida propusieron a Oribe y al gobierno de Montevideo las siguientes bases: retiro de las tropas argentinas mandadas por Oribe; desarme y licenciatura de los extranjeros de Montevideo y realización de ambas operaciones en forma simultánea con la colaboración de las fuerzas navales inglesa y francesa. Oribe estuvo dispuesto a aceptar estas bases. Él sería reconocido como presidente del Uruguay y, en cambio, derogaría las confiscaciones e indemnizaría a los propietarios de bienes raíces. Los extranjeros tendrían sus bienes asegurados y el bloqueo sería levantado. El gobierno de Montevideo se veía entregado a Oribe. La aceptación por parte de Oribe, a punto de realizarse, habría significado el fin de tan larga e inútil cuestión; pero ahí estaba Rosas, con su Legislatura detrás, que temblaban ante una solución del bloqueo. El dichoso bloqueo permitía al gobierno de Buenos Aires mantener indefinidamente cerrado el comercio por los ríos interiores. Si los bloqueadores, hartos de defender la paz, la independencia,

la seguridad de los habitantes del Uruguay, los dejaban librados a su suerte, se retiraban para siempre, como terminaron por hacer, Rosas se abría hallado otra vez frente a la rebeldía de las provincias, como se halló al poco tiempo, y a la influencia del Brasil, que podía aliarse al Uruguay y a cualquier provincia argentina, como ocurrió. Nada de esto pasaría si el bloqueo continuaba. Ni las provincias se atrevían a moverse, ni el Brasil a pensar en intervenciones, ni Urquiza a soñar lo que soñaba. Y fue así cómo Rosas trató, ante todo, de convencer a Oribe que no debía aceptar esa propuesta que le habría devuelto en el acto la presidencia y abierto las puertas de Montevideo. Los montevidéanos, por su parte, habrían aceptado la propuesta por temor a sucumbir si los bloqueadores se iban. La paz estuvo a punto de hacerse; pero Rosas escribió a Oribe, el 8 de mayo de 1848, que reconocer a los mediadores era admitir "la intervención europea en nuestras cuestiones"; no existía "una nueva situación en que, después de haberse arreglado las diferencias, puedan ser admitidos los excelentísimos señores plenipotenciarios como mediadores"; reconocían "al titulado gobierno en Montevideo"; no reconocían las modificaciones hechas a las bases Hood y "dejarían a las repúblicas del Plata el deshonor y en grandes peligros para el futuro"; los plenipotenciarios parecían "proponerse dividir a los aliados", etcétera. Sólo se debían admitir las bases Hood con las modificaciones aceptadas. De lo contrario, había que declarar "la imposibilidad de todo arreglo". La negociación fue rota.

Felipe Arana, el ministro de relaciones exteriores de Buenos Aires, explicó a Oribe, un tanto desconcertado, que Francia e Inglaterra pretendían "anarquizar estos países, esforzándose en desunir a los dos aliados americanos... , entronizar en ellas la dominación europea" y "legitimar la traición del bando rebelde de salvajes unitarios" y otras fantasías. Arana aconsejó a Rosas, calladamente, dar esas explicaciones a Oribe en una carta "particular y reservada", "dejando sólo lo muy preciso en la nota oficial". Todo para que no se atribuyese al gobierno de Buenos Aires "que por su voluntad e influencia se rompía la negociación". Además, Oribe no tendría por qué avergonzarse de haber aceptado las proposiciones. El barón de Gros restableció el bloqueo en la costa montevideana. Además, ofreció cua-

renta mil pesos al mes como subsidio. Pero, a muy corto tiempo, Gros levantó el bloqueo. Los montevideanos se sintieron traicionados y perdidos. No era un triunfo de Rosas, era un aburrimiento de los bloqueadores. Montevideo, tras la decepción, supo reaccionar. No pasarán, dijeron, y las fuerzas de Oribe, secundadas por las de Rosas, embrutecidas en los años de tiroteos y muertes aisladas, se quedaron mirando, como siempre, los muros de la ciudad invencible. Tomás de Iriarte^s ha descrito con realismo, color y emoción, estos años únicos en la historia de América. Ninguna otra ciudad del continente sufrió lo que Montevideo en ese asedio, inútil y desgraciado, que Rosas impuso a Montevideo para perseguir a los unitarios y evitar que predicasen la libre navegación de los ríos, la adopción de una Constitución y la organización del país. Disfrazó el odio al nacionalismo argentino, a la unidad nacional, que no convenía en absoluto a la aduana de Buenos Aires, con una supuesta defensa de la independencia de América. Los comisionados extranjeros comprendieron la farsa, la hipocresía de Rosas, y se fueron.

La antipatía a los extranjeros que habían querido dar un comercio libre a todas las provincias, empezando por las del Litoral, se advertía, no sólo en Buenos Aires, sino en el interior. En Córdoba, el gobernador López Quebracho escribía, el 21 de octubre de 1848, "que quisiera que todos los gringos se hicieran una sola cabeza para de un golpe cortarla". Martiniano Chilabert, hombre culto, excelente artillero, que había combatido con San Martín y Lavalle, se convenció de que los extranjeros tenían la intención de conquistar la Argentina y, de pronto,^s se hizo un entusiasta rosista. Alberdi, en cambio, con otras luces, con una comprensión exacta del problema político de los bloqueos, no se dejó alucinar por los falacias rosistas, y atacó a Rosas con más fuerza que nunca. La historia argentina se había hecho sin Rosas. Florencio Varela había explicado en qué consistía la cuestión de la libre navegación de los ríos. Alberdi lo entendió a la perfección. Rosas era muy poco, con su aparente oposición a una conquista de nuestra patria que ni Francia, ni Gran Bretaña, jamás habían soñado. "Toda la gloria de Rosas —dijo— elevada al cuadrado y multiplicada diez veces por sí misma, no forma un trofeo comparable en estimación al estandarte.

de Pizarro obtenido por San Martín en su campaña del Perú en 1821." Chilavert y Alberdi fueron dos polos opuestos. El primero murió ajusticiado como traidor; el segundo, en la pobreza, como hombre que quería la perfecta organización del país. Pocos recuerdan al desdichado, engañado, Chilavert. Muchos, en cambio, admiran a Alberdi.

El asunto del Plata fue visto en la propia Francia, por ejemplo, por Lamartine, como "un mal negocio", una pérdida de dinero y tiempo en algo que no incumbía a los franceses: la guerra civil en el Uruguay, entre Rivera y Oribe, y la de Montevideo con Buenos Aires frente a la indiferencia de las provincias argentinas que, secretamente, deseaban la libre navegación de los ríos. En Francia había, en efecto, hechos más importantes en los cuales ocuparse. No olvidemos que era el año 1848, el de la revolución de París, tan mal juzgada por San Martín, que no se equivocó en sus apreciaciones. Una cosa eran las protestas obreras, por auténtica hambre, y otra los clamores de quienes ansiaban una Constitución o una liberación del poder extranjero. El absolutismo, que todavía alardeaba con Metternich, el gran mujeriego y geopolítico, de pronto se vino abajo con la caída del príncipe. Fue, de contrapeso, un levantamiento de Italia con todos sus patriotas. El resurgimiento, que aun hoy enorgullece a los italianos. *Il bastone tedesco l'Italia no doma.* Berlín, Viena, Varsovia, toda Europa conmovida por el revivir del liberalismo. Eran los ecos lejanos de las Cortes de Cádiz y de la Constitución de 1812 que, con treinta y seis años de esperas y agitaciones, alcanzaba por fin su momento oportuno. España, como siempre, la precursora. Pero el constitucionalismo español no había cometido las crueldades que se cometieron con él, empezando por el ahorcamiento de Rafael del Riego, ni las barbaridades, realmente monstruosas, que se vieron en París. El 48 parisién es una vergüenza para Francia tan grande como los excesos de su revolución, con el paranoico Robespierre. Lo cierto es que las insurrecciones europeas y las masacres correspondientes no inquietaron a América ni, menos, a la Argentina. No pasaban de noticias lejanas, que tenían el simple interés de la curiosidad. No se advierte ninguna influencia en la política, ni en los escritos, del tiempo. América tenía sus propias cuestiones y no necesitaba las ajenas. A mediados

de 1848 llegó a Buenos Aires, como cónsul, el conocido Hood. El gobierno estaba liquidando la misión de Gore y Gros. El ministro inglés sostenía que Oribe había sido inducido a retractar su palabra, pues no tenía poder para restablecer la paz. Arana quería sostener que Oribe debía actuar de acuerdo con el gobierno de Buenos Aires y manifestó a Hood que Rosas no podía aceptarlo como cónsul mientras su país no reparase las ofensas inferidas a Buenos Aires, o sea, el haber tratado con Oribe dejando a un lado a Rosas. La actitud de Rosas fue interpretada de muy distintas maneras. No nos referimos a los elogios que le tributan sus panegiristas, de entonces y de ahora, sino a lo que el ministro estadounidense en Buenos Aires informó a su presidente: Rosas buscaba, con esos hechos, un rompimiento con Inglaterra para derogar el tratado argentino-británico de 1825.

La situación con las potencias bloqueadoras era curiosa. Un bloqueo es una guerra o un comienzo de guerra. No obstante, la guerra no estaba declarada por ninguna de las partes. En Buenos Aires y en las provincias, los franceses e ingleses eran tratados como si sus países no estuviesen bloqueando a Buenos Aires. Sólo había amenazas y deseos de venganzas, que creaban un odio hacia los extranjeros. Los franceses se habían apoderado de las banderolas que flameaban en los ranchos de la costa y presentadas al rey Luis Felipe como trofeos tomados en la batalla. Inmediatamente fueron depositadas en Los Inválidos. La única bandera de guerra que flameaba en la costa de Obligado, la de la explanada, según Baldomero García fue "hecha pedazos en alto por las balas de los ingleses y de los franceses". La intervención anglo-francesa había intimado a Rosas, en 1842, a no pasar al Estado Oriental. Rosas no había tenido en cuenta esa advertencia y llevó la guerra al Paraguay. Era tarde para volver a ese principio. Había que sostenerse por honor nacional. Es lo que Rosas hizo con este argumento, pero, en realidad, con el propósito de seguir luchando para aniquilar a Rivera y a los unitarios y poder seguir dominando, indefinidamente, a las provincias.

El fusilamiento de Camila O'Gorman y del sacerdote Uladislao Gutiérrez, culpables de ser amantes, impresionó al país y a los vecinos. La ejecución fue dispuesta única

y exclusivamente por Rosas. Él mismo lo declaró años después, justificándose con que tenía poderes absolutos y a nadie debía rendir cuenta de sus actos. Los culpables eran quienes le habían entregado esos poderes. Otra importancia, por cierto muy grande, tuvo la llegada, el 6 de octubre de 1848, del comisionado inglés, Southern. Hizo saber que Inglaterra actuaría sola, sin la colaboración francesa, y confiaba llegar a un arreglo definitivo. Rosas no quiso reconocer a Southern como ministro plenipotenciario mientras no se solucionasen las diferencias que existían entre Buenos Aires y Gran Bretaña. Agregó que sólo admitía las bases convenidas con Hood y las modificaciones hechas por él y Oribe. Era una manera más de prolongar cualquier solución. Southern se quedó en Buenos Aires a la espera de nuevos cambios de notas y un posible arreglo. Gran Bretaña estaba dispuesta a terminar ese conflicto que Rosas hacía eterno. Había levantado el bloqueo en la costa argentina y lo mantenía aun en la de Montevideo. Rosas insistía en que Oribe debía tener acceso al tratado. Cuando Southern le informó que no había enviado unas notas a su gobierno se apresuró a ordenar a Arana que suspendiese el envío de otras comunicaciones a Oribe y a los representantes argentinos en el exterior. Otra manera de prolongar la negociación. Southern, a su vez, estuvo un mes "enfermo". Se empezó a hablar de nuevo en febrero de 1849. El representante inglés prometió pedir a su gobierno que indujese a Francia a retirarse del bloqueo. Por fin, el 24 de noviembre de 1849, se llegó a un acuerdo. Henry Southern lo envió a Londres el 3 de marzo. Oribe prestó su aprobación. El convenio, firmado por Felipe Arana y Henry Southern, establecía, en primer término, el deseo de la reina de Gran Bretaña de "ver establecidas con seguridad la paz e independencia de los Estados del Río de la Plata, tal como son reconocidos por tratados".

Las condiciones establecidas en este tratado son claras y demuestran cuán largo fue el tiempo empleado para llegar a ellas. Gran Bretaña se obligaba "a evacuar definitivamente la isla de Martín García, a devolver los buques de guerra argentinos que están en su posesión, tanto en el mismo estado en que fueron tomados, y a saludar el pabellón de la Confederación Argentina con veinte y un tiros de cañón". Ambas partes entregarían a sus dueños

los buques mercantes, con sus cargamentos, tomados durante el bloqueo. Las divisiones auxiliares argentinas repasarían el Uruguay cuando el gobierno francés desarmase a la Legión Extranjera y a los demás extranjeros que formaban la guarnición de Montevideo, evacuase el territorio de las dos repúblicas, abandonase su posición hostil y celebrase un tratado de paz. El gobierno británico se ofrecía a emplear sus buenos oficios para lograr estos objetivos. El gobierno inglés reconocía "ser la navegación del río Paraná una navegación interior de la Confederación Argentina y sujeta a sus leyes y reglamentos, lo mismo que la del río Uruguay en común con el Estado Oriental". El gobierno inglés reconocía que los principios aplicados a la Argentina por los sucesos en la república Oriental, "en iguales circunstancias habrían sido aplicables a la Gran Bretaña o a la Francia". El gobierno argentino podía discutir oportunamente esta declaración. Quedaba consignada la aprobación de Oribe. Con esta convención se restablecía la perfecta amistad entre el gobierno de la Confederación y el de Su Majestad británica.

La obstinación, terquedad y prepotencia, sin hablar de otros sentimientos, de Rosas habían logrado lo que los porteños consideraron un gran triunfo: mantener cerrada la navegación de los ríos. Los defensores del "patriotismo" de Rosas han dicho que esa obstinación fue una leyenda, que nunca existió. Tanto existió que fue la única condición que impuso Rosas en su tratado de paz con Gran Bretaña, amén de los veintiún cañonazos. La devolución de los barcos, mercaderías, etcétera, era algo sobrentendido y de práctica en cualquier tratado. Repetimos, para que los lectores lo entiendan bien: Rosas fue vencido, pues tuvo que abandonar el Uruguay, objeto principalísimo de toda la guerra que sostuvo manteniendo a Oribe y gastando hombres y dinero para hundir a Rivera y a los unitarios. Su propósito, como vemos, fue frustrado. Agachó la cabeza y tuvo que retirarse. Sólo logró impedir la libre navegación de los ríos para que las provincias del Litoral y las del interior siguiesen consumiéndose, hasta morir de hambre, sin poder comerciar en sus puertos como lo hacía, en cambio, el de Buenos Aires. Y este empeño en impedir el comercio, la libre navegación, de las provincias del Litoral y el desahogo de las

interiores fue lo que lo perdió: su fin y su desastre. Si hubiera concedido la libre navegación, es muy probable que ninguna provincia se hubiera levantado en su contra. Ninguna habría tenido motivos, ni excusas, para aliarse a otras provincias y otras naciones y derribarlo del poder para lograr la libre navegación. La falta de inteligencia política de Rosas y de los tozudos porteños que pretendían mantener indefinidamente el cierre de los ríos y la humillación y agonía de las provincias, terminó por producir lo único que debía y podía producir: el levantamiento de una provincia que lo hizo huir, temblando de miedo, disfrazado de marinero inglés, a refugiarse en Gran Bretaña. Este final lo veremos pronto. El fin de una parte del bloqueo comenzó a ser el principio de la ruina de Rosas y del sistema político-económico de Buenos Aires. El levantamiento total fue su ruina completa.

En una carta a San Martín, del mes de marzo de 1849, Rosas fue tan farsante de decirle que "la independencia de estos países, como de la América toda, queda enteramente salva e incólume". Ni don Quijote había tenido tantas visiones. Por lo menos había confundido molinos con gigantes. En el caso de Rosas no existía ni siquiera un molino para confundirlo con la independencia de América. ¿Quién la había atacado? ¿Quién había intentado o soñado ponerla en peligro? Agregaba que la paz se había logrado "sin que por nuestra parte hayamos cedido un palmo de terreno". ¿Sabrá algún historiador, de los llamados no liberales, cuándo Gran Bretaña o Francia pidió o exigió o intentó apropiarse un palmo de terreno? Fácil era hacer creer a San Martín que Rosas había defendido la independencia de América y, con su valentía, no había cedido ni un palmo de terreno.

La paz con Francia fue casi simultánea, aunque el gobierno francés tardó en aprobarla. El representante francés, contralmirante Lepredour, hizo saber a Rosas, el 7 de enero de 1849, que tenía orden de operar una reconciliación. La Francia de esos momentos no era la anterior a la revolución de 1848. Era una república y no una monarquía. Vivía sobre un volcán. Ningún ministerio sabía si podía gobernar al día siguiente. Había que deshacerse de los problemas inútiles, y el del Río de la Plata era el más inútil. Basta de defender la independencia del Uru-

guay o, mejor dicho, de una ciudad. Que los montevidEOS se las arreglasen como pudiesen. La reparación de agravios a algunos connacionales y la protección del comercio francés resultaban demasiado caros. Los mismos comerciantes pedían el fin de la intervención en el Plata para seguir comerciando como siempre. El contralmirante Lepredour no anduvo con vueltas. Aceptó en el acto las bases establecidas con Hood y las modificaciones introducidas por Rosas y Oribe. No hubo discusiones, ni cambios de palabras. Lepredour no podía perder tiempo con un asunto que interesaba cada vez menos a la Francia revolucionaria, como era la independencia del Uruguay. Por otra parte, nadie ignoraba que si Rosas pretendía dominar el Uruguay, el Brasil no lo habría permitido. La convención entre el contralmirante Fortunato Lepredour y Arana fue firmada en Buenos Aires el 31 de agosto de 1850. En la introducción, Francia declaraba que su interés era restablecer la paz y asegurar "la independencia de los Estados del Plata". La Argentina debía adherir a una inmediata suspensión de hostilidades "entre las fuerzas orientales en la ciudad de Montevideo y las en la campaña", juntamente con su aliado oriental. El plenipotenciario francés reclamaría el desarme de la legión extranjera y demás extranjeros armados. La ejecución del desarme la harían el negociador francés y el "aliado del gobierno argentino". Las tropas francesas regresarían a Europa a los dos meses del retiro del ejército argentino a la margen derecha del Uruguay. El gobierno francés, así como había levantado el 16 de junio de 1848 el bloqueo del puerto de Buenos Aires, levantaría, simultáneamente con la suspensión de hostilidades, el de los puertos de la República Oriental, evacuaría la isla de Martín García, devolvería los buques de guerra que estaban en su posesión y saludaría al pabellón argentino con veintiún cañonazos. Las dos partes contratantes devolverían a sus dueños los buques mercantes que les hubiesen tomado. Francia reconocía la navegación del río Paraná como "una navegación interior de la Confederación Argentina y sujeta solamente a sus leyes y reglamentos, lo mismo que la del río Uruguay en común con el Estado Oriental". Los principios bajo los cuales se había obrado en las pasadas disensiones eran iguales para la Confederación, la Francia e Inglaterra. Si

el gobierno de Montevideo se rehusase a licenciar las tropas y desarmar a los extranjeros, el plenipotenciario francés cesaría su intervención y se retiraría. El presidente Oribe debía estar conforme con esta convención. Francia podía arreglar "con dicho aliado de la Confederación la Convención que le concierne". Los asuntos domésticos de la República Oriental no eran de la competencia de la Confederación, sino de la República Oriental. Por tanto, el presidente Manuel Oribe los decidiría en la convención que celebrase con el gobierno francés. Éste no reconocía a Oribe más que el carácter de brigadier, mientras que el gobierno argentino lo reconocía por presidente del Uruguay. En Montevideo veía una autoridad de hecho que era la que mandaba.

Rosas celebró este tratado como un triunfo. Era otra derrota parecida a la que había tenido con el inglés Southem. Había sido obligado a abandonar sus miras de dominio sobre el Uruguay. Oribe era tratado, por Francia, no como presidente, sino como brigadier. Todo quedaba como si tantos años de bloqueo no hubiesen existido, salvo la independencia del Uruguay, lo único que habían buscado los bloqueadores. Rosas, a cambio de tanto fracaso, había conseguido, únicamente, seguir manteniendo cerrada la navegación de los ríos. Lo consideraba un éxito. Fue, como dijimos, su sentencia de muerte. Mientras existía el bloqueo anglo-francés, las provincias argentinas tenían la esperanza de que la libre navegación algún día sería una realidad. Levantado el bloqueo, alejadas, por hastío, Francia e Inglaterra, había que proceder por sí mismas. Había que derribar a Rosas para poder vivir, no seguir encerradas, obligadas a pasar por las horcas caudinas de Buenos Aires.

La convención de Lepredour con Oribe se firmó en el Cerrito de la Victoria el 13 de septiembre de 1850. Oribe se comprometió a acordar una plena amnistía y garantías para los franceses pacíficos que habitasen en la ciudad y en la campaña. Después de desarmadas las fuerzas extranjeras en Montevideo y alejadas las tropas auxiliares argentinas, se haría una nueva elección para la presidencia del Estado Oriental. El brigadier Oribe "declara desde ahora que estará por su resultado". En general, la convención hecha con Oribe coincidía en sus términos con las de

Southern y Lepredour con Rosas. Oribe tampoco había vencido. Debía aceptar el resultado de una elección y proteger a los extranjeros.

En cuanto a los hombres de Montevideo se consideraron abandonados por sus supuestos aliados, los franceses e ingleses. Nunca había habido una alianza y así lo reconocieron los plenipotenciarios. Nunca había habido pactos, ni tratados, ni convenciones que la estableciesen. Los montevidEOS eran los únicos que habían salido ganando. El fin de Francia e Inglaterra, con el bloqueo, había sido el de preservar la independencia del Uruguay y la supervivencia de Montevideo, amenazada durante tantos años, y los bloqueadores lo habían conseguido. Una elección daría al Uruguay el presidente que los uruguayos eligiesen. La Argentina, dividida en provincias autónomas, no tenía esa suerte: ni una Constitución, ni una posible presidencia. Rosas no podía intentar el más mínimo gesto en contra del Uruguay. Oribe solo seguiría el bloqueo de Montevideo. Muy bien se sabía en todas partes que era un inútil, incapaz de conquistarlo jamás. Hasta Tomás de Iriarte, en los últimos tomos de sus memorias, se extraña, se sorprende sobremanera, de su ineptitud e incapacidad como general y militar. La prueba está en que Montevideo resistió lo que quiso y Oribe terminó deshecho por Urquiza.

La política y, en especial, la diplomacia de Rosas se caracterizó siempre por ser excesivamente *fortiter in modo* y *suaviter in re*. Aflojó, diría un criollo, en todo en lo que se metió. En lo único que no cedió, repetimos, fue en la libre navegación de los ríos y la historia demuestra, en forma indiscutible, que eso fue lo que lo perdió. Un Rosas inteligente hubiera comprendido que, para mantener el cierre de los ríos, debía seguir utilizando el bloqueo indefinidamente. Advirtió —un ciego lo veía— que Francia e Inglaterra estaban hartas de hacerle el juego. Mientras durase el bloqueo no habría libre navegación, a menos que se repitiese lo de la Vuelta de Obligado. Era elemental que, para que las provincias consiguiesen la libre navegación, había que levantar el bloqueo. El fin del bloqueo fue la ruina del sistema porteño, que muchos historiadores siguen llamando rosista. Todo fue en el año 1850. Antes de otro año, Urquiza hizo su pronunciamiento, todo se

vino abajo y empezó, en la historia argentina, una nueva historia.

Inglaterra aprobó el tratado firmado por Arana y Southern. En Francia, el tratado firmado por Lepredour y Arana quedó años sin ser aprobado. El hecho se debió a la política cambiante, el surgimiento de Napoleón III y al pronunciamiento de Urquiza, los dos en 1851. En Montevideo, en 1849 y 1850, se creyó que podrían ocurrir cosas muy diversas. Con sorpresa se comprobó que no ocurría nada y que, por el contrario, lo que sucedía era algo digno de admiración. Empezaron a llegar barcos con inmigrantes. Eran hombres y mujeres de Europa que huían de las guerras, de las masacres que asolaban el Viejo Mundo y que esperaban encontrar, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, la paz, la felicidad y la riqueza que nunca hallarían en sus países. Era el comienzo de una inmigración en gran escala que, en menos de un cuarto de siglo, asombraría al mundo. Aquellos inmigrantes empezaron a confundirse con los que los habían precedido y les hablaban del sitio de Montevideo. Hay que reconocer que los extranjeros, unidos a los uruguayos y argentinos, impidieron que Montevideo cayera en manos de Rosas y Oribe. Si esto se hubiese producido, no sabemos qué habría sucedido en la historia argentina y uruguaya. Constantemente repetimos que la historia no debe hacer profecías; pero es indudable que la historia habría sido otra y no sabemos qué habrían hecho provincias condenadas a una muerte por consunción. Unas habrían agonizado en su pobreza; otras se habrían anexado a naciones vecinas; otras se habrían unido y declarado independientes. No lo sabemos. Lo que sabemos es que no ocurrió, que la Argentina, con el levantamiento de los bloqueos, se vio en libertad para reaccionar contra Rosas y reaccionó. La prolongación del gobierno de Rosas habría podido significar el desmembramiento argentino. Quienes, desde Ernesto Quesada, han supuesto que Rosas hizo la unidad nacional han vivido en un error ingenuo y antihistórico. Sólo un desconocimiento profundo de lo que significaron los gobiernos porteños, con su teoría del puerto exclusivo para Buenos Aires y su afán de dominio sobre el resto del país, puede explicar esa desorientación. Sin esta apreciación exacta de lo que fueron los gobiernos de Buenos Aires, desde el 1810 hasta la orga-

nización definitiva del país, no es posible entender la historia argentina. Rosas se mantuvo en el poder gracias a la colaboración inconsciente de los bloqueos. Su fin fue su caída. La soberanía porteña —Rosas fue uno de los tantos gobernadores que la defendieron— nunca pasó del cierre de los ríos para que las provincias no pudiesen comerciar. Las provincias, a su vez, no se interesaron en conservar el Alto Perú cuando se declaró una república independiente, ni hicieron el más mínimo esfuerzo para continuar la guerra con el Brasil y salvar la Banda Oriental para la Argentina. El exclusivismo de Buenos Aires significó la debilitación cada vez mayor de lo que se llamó la soberanía. Rosas cuidó los perdidos derechos de Oribe porque con él podía combatir a los unitarios que querían un cambio total de la política argentina y su unidad. La única soberanía que él entendía era la suya. A las provincias no les concedía ninguna soberanía. No eran dueñas de enviar un barco al Uruguay. Algunas personas se conformaban con esta situación y seguían languideciendo en las provincias. Otras, aun en Montevideo, emigraban a Buenos Aires, convencidas de que las cosas no cambiarían jamás y era preferible vivir en una ciudad amplia y populosa. Pero otras, firmes en su patriotismo, pensaban en una Argentina unida, con un Congreso, una Constitución, una presidencia y una Capital Federal. Rosas era el gran obstáculo. En realidad, no era Rosas; era el gobierno de Buenos Aires que, desde 1810, seguía una política porteñista contraria al desarrollo de las provincias y a la concentración del comercio en el puerto de Buenos Aires para disfrutar de los derechos de aduana más ricos de Sud América.

Entretanto, en Montevideo los políticos “de hecho” lamentaban que Francia, por medio de Lepredour, hubiese llegado a un arreglo con Rosas sin tener en cuenta al gobierno de esa ciudad. Francia, repetimos, no había sido aliada del gobierno de Montevideo. Había asegurado, junto con Gran Bretaña, su independencia y protegido a sus connacionales. Había ansiado la libre navegación de los ríos y, al no conseguirla, se había retirado del bloqueo, lo mismo que Inglaterra. Los hechos no podían ser más simples. Si Lepredour trataba la paz con Oribe era porque este personaje, bien o mal, gobernaba sobre toda la

Banda Oriental menos que en una ciudad: Montevideo. También era cierto que la Banda Oriental estaba casi desierta y que Montevideo era el Uruguay; pero Oribe era considerado presidente legal por Rosas y, al hacer la paz con Rosas, se admitió su exigencia, que en nada trascendía, de esperar el consentimiento de Oribe. Muy bien se sabía que no iba a disentir de lo dicho por su patrón, Rosas. Éste recibía en Buenos Aires calurosos elogios por la paz alcanzada y el cierre de los ríos que empobrecía a la nación. El antipatriotismo y antinacionalismo de los aduladores llegaba a límites increíbles. Es igualmente inconcebible que el ególatra Rosas quisiera igualarse con San Martín o aun superarlo. Si San Martín había hecho la independencia de media América, como es universalmente reconocido, Rosas había consolidado esa independencia. Habría que colocar juntos los dos retratos el de San Martín, hacedor de la independencia, y el de Rosas, su consolidador. El despropósito, la desvergüenza de Rosas, están documentados por su carta a San Martín del 15 de agosto de 1850, dos días antes de su muerte. Fortuna que el Libertador no la haya leído para que no se cayese de asombro. Lé dijo: "Si en el último mensaje, como en otros anteriores, he hecho el debido homenaje a la memoria de usted, ha sido, entre otras consideraciones, porque me ha cabido la suerte de consolidar la independencia que usted conquistó y he podido apreciar sus afanes por los míos". Los afanes de San Martín en la liberación de Chile y el Perú eran comparados por Rosas a los que él había tenido corrigiendo una palabra aquí y otra allá en los borradores de tratados que eternizaban el levantamiento del bloqueo. La convicción de que el empeño en mantener cerrados los ríos al comercio y al progreso del país era un acto igual o superior al de la independencia de América se hallaba también entre los miembros de la Legislatura. En un proyecto de respuesta al mensaje de Rosas, los redactores llegaron a decir "La provincia de Buenos Aires, no menos que las otras de la nación, ha entrado en esta segunda guerra de la independencia argentina como entraron siempre en la guerra de la libertad los pueblos briosos y entusiastas".

Las provincias, no bien solucionados los bloqueos, se sintieron capaces de resolver sus propios asuntos. Un to-

que lo había dado, en abril de 1847, el gobernador de Mendoza, don Pedro Pascual Segura, cuando propuso al papa Pío IX una terna para elegir un mendocino como obispo de Cuyo. Mendoza no se acordó del encargado de las relaciones exteriores y obró por su cuenta. En el mismo mes, Rosas hizo destruir los ejemplares del periódico *El Federal Entre-Riano* porque "no conviene su circulación". Felipe Ibarra, en Santiago del Estero, se empeñaba en "la injusticia de no mencionar al encargado de las relaciones exteriores". El joven Bernardo de Irigoyen, oficial de la Legación Argentina, había escrito al coronel Vicente González una frase impropia relativa a la expedición de Flores y Santa Cruz. Rosas desconfiaba del general Eugenio Garzón y, sobre todo, de Urquiza. Pedro Molina, predecesor de Segura en la gobernación de Mendoza, era otro personaje dudoso. Lucero, gobernador de San Luis, no quiso prestar ayuda a Mallea, gobernador de Mendoza, a punto de ser derrocado. Para él el pacto federal de 1831 no tenía valor. En Catamarca, La Rioja y San Luis hubo más tarde sublevaciones que sacaron y, a veces, repusieron a los gobernadores. El Chacho andaba haciendo de las suyas. La culpa de todo, según los rosistas, la tenían los unitarios. Sarmiento en comunicación con Celedonio Gutiérrez. *La Gaceta Mercantil*, para atraérselo, comentó un supuesto artículo suyo y *Civilización y barbarie* en febrero y abril de 1848. En el mismo año, Rosas tuvo que discutir a Chile la fundación de Fuerte Bulnes, en el estrecho de Magallanes, conocida por dos desertores a fines del año anterior. Buenos Aires tenía incuestionables derechos sobre la Patagonia, el estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego, pues siempre habían formado parte del virreinato del Río de la Plata. Lo discutible era el abandono en que esas tierras habían quedado. Fue un detalle importantísimo, que Pedro de Ángelis hizo notar a Rosas cuando le ordenó que preparara una memoria para demostrar los derechos argentinos. En el mismo abandono, hasta ese momento, había mantenido Chile las tierras del Sur. Un punto que la Argentina no debía discutir, pues sus derechos eran más que evidentes, era su jurisdicción hasta el cabo de Hornos. Nadie osaba entonces afirmar que este cabo no dividía los océanos Atlántico y Pacífico. Si el problema se hubiese querido resolver por medio del

uti possidetis se habría comprobado algo muy sabido: que había uno de jure y otro de facto, y algo muy poco o nada sabido: que los reyes de España, en el siglo xvi, adjudicaban enormes territorios a sus gobernadores, pero los autorizaban a penetrar en las jurisdicciones ajenas si los otros gobernadores no habían colonizado, poblado, explorado y ocupado sus tierras. Chile lo había hecho antes que la Argentina. Por ello tenía un derecho de ocupante que nada valía frente al de jure que correspondía a la Argentina; pero que Chile hacía valer como un hecho consumado. La Argentina, con un gobierno como el de Rosas, no estaba en condiciones de expulsar a los invasores. Por otra parte, la conocida lentitud de Rosas para resolver cualquier problema dejó el asunto en el aire hasta que cayó del gobierno. Con Bolivia no le faltaban inquietudes por la ayuda que los gobernadores de Salta y Jujuy daban a políticos opositores al gobierno boliviano. El dictador paraguayo Carlos Antonio López había invadido, sin motivo, el norte de la Argentina. El Brasil oscilaba entre enigma y amenaza. Buenos Aires tenía unos doscientos mil habitantes y el ejército reunía unos treinta y seis mil soldados. Rosas dio a la Alameda el nombre de Paseo de Julio, que ha durado hasta bien entrado el siglo xx.

Un día, Rosas descubrió que en la Argentina había un ambiente político que no le era favorable. Hemos comprobado, en algunas oportunidades, su aguda falta de inteligencia política. Las provincias estaban hartas de sufrir un encierro que parecía no tener fin. Todos los tratados que se habían firmado, en tantas ocasiones, no hacían otra cosa que prometer un Congreso y una Constitución. Y siempre la promesa quedaba para más adelante. Rosas y los señores hacendados que lo sostenían no advertían que habían tirado demasiado de la cuerda y estaba por romperse. Desaparecido el bloqueo anglo-francés la excusa que Rosas había aprovechado con tanto éxito, durante tantos años, ya no existía. La libre navegación de los ríos podía ser una realidad. Las provincias anhelaban comerciar por los puertos del Litoral, y nada se permitía. Todo seguía como antes del bloqueo y durante el bloqueo. ¿Es que eternamente el país debía sufrir la tiranía de Buenos Aires? Los periódicos que se publicaban en Montevideo, los razonamientos que echaban a volar los unitarios, con-

vencían a mucha gente. Los salvajes, asquerosos, inmundos, traidores, vendidos, unitarios parecían tener razón. América también se iba convenciendo de que Rosas era el mayor daño que tenía la Argentina. Algunos periodistas lo elogiaron; pero la mayoría veía bien claro y no ocultaba la verdad. Entre los periodistas de Montevideo, donde tantas plumas empezaban a vislumbrar la fama, Florencio Varela era el que más hondo iba en el problema político y económico de la Argentina. Juan Bautista Alberdi lo leyó con admiración e hizo suyas muchas de sus ideas que nadie podrá refutar. Era el hombre que entendía el problema económico y político de Buenos Aires y las provincias mejor que ningún otro escritor: todos discípulos suyos. Y lo curioso es que este problema, tan bien planteado por Varela, es lo único que los defensores de Rosas, especialmente de nuestro tiempo, se cuidan muy bien de tocar. Hablan de todo lo imaginable, pero nunca, ni por excepción, se atreven a penetrar en el verdadero intrínquilis. Ni Ángelis, tan ducho en polémicas de mala fe, se animaba a meterle el dedo. Era una máquina que trituraba y tritura toda defensa de Rosas y de la política de Buenos Aires. Demostraba, en tesis general, que Rosas no existía, que lo que existía era la política nefasta de Buenos Aires, estranguladora de las provincias. Observen, los lectores, cómo, en otros libros, no se habla de estas cosas. Se presenta a Rosas como un defensor de "la soberanía" que nadie rozaba, de la independencia de América, que a ningún loco se le ocurría mencionar, y otras fantasías que engañan admirablemente a tanto ingenuo o mal informado. Lo cierto es que la prédica de Varela, imposible de deshacer, estorbaba, mucho y gravemente. *El Comercio del Plata* era una máquina que arrojaba verdades sobre el país y que el país, ocultamente, leía o comentaba. Buenos Aires era la única provincia que se oponía a la libre navegación de los ríos. Tiempo antes —en 1830—, las provincias del Litoral protestaron por la competencia comercial de algunos productos extranjeros, no por la libre navegación que necesitaban urgentemente para exportar sus carnes y cueros. Lo que no querían era pasar forzosamente, obligatoriamente, por el puerto de Buenos Aires y pagar derechos de entrada y de salida, que encarecían sus mercancías. Era tan grande el deseo de librarse de esta sujeción que

algunas provincias estuvieron dispuestas a anexarse a otros países o formar Estados independientes. Pensaron en esta posibilidad Mendoza y San Juan, Salta y Jujuy, y Corrientes y Entre Ríos. Varela lo sabía y lo decía, sin saber cómo oponerse. ¿Quién tenía la culpa de esta desesperación que llevaba a tales extremos? ¿El periodista que difundía lo que nadie ignoraba o el gobierno que, con su política ahogadora, llevaba a ese suicidio? Buenos Aires, como era natural, defendía la libertad de comercio, siempre que pasara por su aduana y no llegaran los buques a los puertos de la llamada Confederación. Corrientes, con Pedro Ferré, había protestado contra las introducciones que competían con las industrias nacionales; pero ni él, ni Cullen, ni Berón de Astrada, ni Leiva, ni tantos otros, se oponían al libre comercio que les permitiese exportar sus productos. Una cosa era la aduana, con su función reguladora, y otra cosa era la libre navegación de los ríos. Ningún Congreso, ninguna convención, ningún tratado, había dispuesto que los ríos no fuesen navegables para las provincias por cuyas costas pasaban. El cierre de los ríos fue una resolución que tomó únicamente la provincia de Buenos Aires y que ninguna otra provincia aprobó. Por el contrario: muchas se levantaron contra el gobierno de Buenos Aires y sus gobernadores perdieron la vida. A esos hombres, que defendían las autonomías y derechos de sus provincias y clamaban por un Congreso, una Constitución y la unidad nacional, Rosas los llamaba traidores, vendidos al oro francés y otras calumnias y despropósitos semejantes. El mismo doctor Julio Irazusta, el historiador rosista que mejor ha analizado estos problemas, en su insuperado estudio *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, no ha hallado justificaciones o explicaciones que satisfagan. Su obra es una fuente riquísima de información, la más completa que existe, siempre aprovechada por los estudiosos, y lleva a la conclusión que nosotros alcanzamos gracias a sus documentos y al análisis de las ideas políticas del lado porteño, con su federalismo que no era el de las provincias, y del lado opositor, que algunos historiadores llaman liberal, tal vez por defender, sus adalides, la libertad.

El hecho es que la pluma de Florencio Varela, que tanto inquietaba a los hombres de Buenos Aires, por las

verdades incontrovertibles que decía, no volvió a escribir cuando el 20 de marzo de 1848 un hombre lo asesinó. Inmediatamente, Valentín Alsina dio la noticia y declaró que ocupaba su lugar. La lucha, por tanto, no se interrumpió. La muerte había sido inútil. Y desde entonces, rosistas y antirrosistas han discutido las causas de esa muerte. En un principio, en Montevideo se dijo que el asesino, Andrés Cabrera, había matado a Varela por instigación de Oribe. Una carta en que Rosas insinuaba a Oribe la conveniencia de eliminar a Varela fue publicada y su original se ha perdido. Es fácil decir que fue inventada. No se puede probar su verdad mientras no se encuentre el original. Alberdi no dudó, y así lo escribió, que Varela "fue asesinado por los agentes del gobierno contra el cual conspiraba, por la prensa y de todos modos". El proceso, descubierto y publicado por el doctor Pacífico Rodríguez Villar en 1935, en un tomo de más de cuatrocientas páginas, trae declaraciones suficientes para convencer que Cabrera obró por instigación de Oribe, pero todo puede discutirse y los historiadores rosistas han querido dudar y negar sin apoyos admisibles. Han hecho notar que las acusaciones contra Oribe empiezan en 1851 y no en un sumario anterior, de 1848. Lógico: en tiempos de Rosas todos temían. Caído él, nadie temió decir la verdad. Más sensata es esta manera de argumentar que la otra. Los principales acusadores fueron unos primos del criminal. ¿Puede, este parentesco, debilitar el valor de las acusaciones? Así lo creen los defensores rosistas. Un juez imparcial vería robustecido el testimonio. No seguimos con los puntos discutibles del proceso porque todos ellos, bien considerados, vigorizan lo que salta a la vista: Andrés Cabrera recibió el encargo de matar a Varela. En cuanto a la fábula de que Cabrera era un marido engañado por Varela y que, por ello, lo asesinó, no hay una semiprueba que permita considerarla.

Lo indudable es que la prensa de Montevideo no abandonaba sus ataques al rosismo. Escritores eminentes, empezando por Julio Irazusta, la han examinado y discutido. Han visto en Pedro de Ángelis, un periodista a sueldo, extranjero, que defendía el sistema de Rosas, por no existir un solo argentino que lo hiciera, a una especie de genio. Ángelis era un hombre culto que admitía la realidad de las islas Pepys y podía creer en la Ciudad de los Césares.

Liberal, absolutista, constitucionalista, según las circunstancias, quiso refutar a Echeverría y, de paso, a los antirosistas de Montevideo, y lo hizo con artículos que fueron bien replicados. La lectura de esa polémica, que sintetizamos en otras páginas, hoy no pasa de una curiosidad, un tanto tediosa, aunque siempre útil para conocer el pensamiento de aquellos hombres. Más interesantes son los comentarios actuales, de escritores que confunden unitarismo con rivadavismo y muestran la poca profundización que han hecho en nuestra historia. Todavía no sabemos si las ideas rivadavianas eran de Rivadavia o de sus partidarios. Hay que averiguar, también, si él influyó en los hombres que lo rodeaban o éstos lo hicieron en él y lo convirtieron en un protorroso. Rivadavia y su entorno coincidieron en su odio a San Martín. Y este odio rivadaviano no fue, por cierto, el de todos los unitarios, ni de lo que se consideró, históricamente, unitarismo, pues el mismo San Martín, con su antipatía profunda al federalismo, empezaba por ser el más unitario de los unitarios. En cuanto a los echeverrianos bien sabido es que censuraban a los unitarios. Eran románticos o lo que se quiera. Y estaban los federales constitucionales, los lomos negros, que detestaban a Rosas más que los unitarios y coincidían con ellos en el deseo de una Constitución.

Casos especiales fueron Alberdi y Sarmiento. Uno en Montevideo y en Europa, y el otro en Chile. Alberdi fue criticado por su libro *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Quienes lo hicieron fue porque no lo comprendieron o no lo quisieron comprender. Alberdi, en este libro, menciona a Rosas y espera de él, como todo argentino, en aquel entonces, un buen gobierno. Esto fue lo que le echaron en cara, empezando por sus compatriotas y Andrés Bello, el más talentoso de los uruguayos de aquellos momentos. Y esto, también, es lo único que ven quienes hablan de este *Fragmento* sin haberlo leído o entendido. El hecho es que esta obra, a pesar de citar a Rosas en unas pocas líneas, es la defensa más vigorosa que se ha hecho en la Argentina de la libertad y el ataque más duro al absolutismo. Tanto que Alberdi tuvo que irse al Uruguay. Y nada semejante, en el campo de la filosofía política, ha vuelto a escribirse desde entonces hasta la actualidad.

Muy distintas son otras publicaciones de los enemigos de Rosas sobre su gobierno y el caos argentino. Por ejemplo, la del uruguayo Andrés Lamas, titulada *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República Oriental*. Es una colección de artículos publicados por el autor en *El Nacional*, de Montevideo. Respondieron a impresiones del momento. No son estudios eruditos, ni siquiera filosóficos. Achacan a Rosas la culpa de muchas cosas. Es un primer error, como el de los críticos actuales que refutan estos *Apuntes*. Rosas, dicen, nada tuvo que ver con las luchas de los caudillos entre sí. En Buenos Aires, mientras los caudillos se despedazaban, reinaba la paz. Qué paz y a qué precio. Pero es cierto. La época de Rosas no es sólo la de este dictador. Es también la de los otros. No olvidemos que los caudillos se dividen en los que estaban muy conformes con no tener una organización nacional y los que luchaban por esta organización. Unos eran localistas, provincialistas, egoístas, sólo interesados en mantenerse en el poder todo el tiempo posible y veían en una Constitución y en un Congreso un freno terrible a sus propósitos de eternizarse en el poder. Son los antinacionalistas, los antiargentinos. Los otros son los que se hacían matar por una organización, un Congreso, una Constitución. Eran los nacionalistas, los argentinistas. Rosas o, mejor dicho, los hombres de Buenos Aires que sostenían a Rosas, sólo pensaban en la provincia de Buenos Aires, en la desorganización permanente, sin Congreso, sin Constitución, sin capital, que habría significado la culminación de la organización, para que la supremacía de Buenos Aires sobre las provincias no tuviese fin. Había una complicidad tácita, de política silenciosa, entre el gobierno de Buenos Aires, con Rosas o sin Rosas, y los caudillos antiargentinos de las provincias que no se rebelaban contra esa situación. El error de Lamas y de tantos otros escritores que siguieron su estrategia polémica fue la de atribuir a Rosas lo que pertenecía a los hombres de Buenos Aires que dominaban la situación y a los caudillos que se conformaban con ella. El nombre de Rosas englobaba todo, y esto fue el error. Rosas, como nombre, podría desaparecer de la historia argentina o llamarse Pérez. Los hechos no habrían cambiado. Porque no era Rosas quien pensaba

y obraba. Eran los hombres de Buenos Aires y sus cómplices callados, los caudillos. La prueba terminante, indiscutible, es que, caído Rosas, la situación política se hizo tan grave que se llegó a Cepeda y a Pavón. Y Rosas no estaba.

Quienes atacan a los llamados unitarios no se detienen a explicar qué querían esos políticos que vivían tantos años fuera de la patria, en medio de estrecheces, escribiendo constantemente contra la situación que pasaba la Argentina. ¿Eran simples aspirantes a empleos provinciales? ¿Corrían el peligro del degüello o del puñal en la noche sin ninguna razón? ¿Eran todos traidores, dispuestos a entregar la patria a cualquier otra nación con tal de alcanzar un cargo en el gobierno? ¿Eran todos salvajes, asquerosos, inmundos, locos, como los llamaban los rosistas o federales apostólicos? No se lucha veinte años sin una pasión realmente superior, patriótica, nacionalista, como lucharon los italianos del Resurgimiento o luchan los patriotas cuyas tierras de nacimiento están dominadas por naciones enemigas.

No es preciso, superados los odios personales o de aquel entonces, acudir a recuerdos de degüellos, de profanaciones, etcétera, que cada bando achaca al contrario. La historia de las ideas, la que busca las auténticas razones que crearon los hechos, no se entretiene con ese género de episodios. Investiga las causas de esos episodios y no los enumera. Y también se pregunta: ¿hasta cuándo habría durado ese estado de cosas, esa inconstitución, ese aislamiento de las provincias, esa incomunicación de cada una de ellas con el exterior, con puertos que no podían comerciar, con ese odio a los extranjeros? El ideal, para los hombres de Buenos Aires, habría sido hasta el fin de los siglos, siempre. Ningún rosista empedernido podrá negar esta respuesta. Si dijera: hasta que el país estuviera en condiciones de constituirse diría una falsedad. La organización no la hizo Rosas, no la hicieron los hombres de Buenos Aires. La hicieron las provincias, la hizo Urquiza. Buenos Aires, con el supuesto general Rosas a la cabeza, se apresó a hacer frente al ejército que quería organizar la nación. En 1852, Buenos Aires luchó para impedir la organización. ¿Y la capitalización? No la logró Buenos Aires. Por el contrario: trató de impedir la constantemente. La consi-

guieron también las provincias nada menos que en 1880. ¿Qué significa todo esto? Que las discusiones con los rosistas son una pérdida de tiempo para la verdad de la historia porque arguyen con inexactitudes o con sofismas u otras cosas. ¿No se opuso Buenos Aires, hasta que fue vencida en 1852 y en 1880, con todas sus fuerzas, con batallas y con partidos políticos tan fuertes como el de Adolfo Alsina, a la organización y a la capitalización de Buenos Aires? Estos hechos nos dicen, asimismo, otra verdad: las provincias que consiguieron la organización y la capitalización no estaban, en el fondo y en la superficie, con Rosas, ni con el sistema que imponía Buenos Aires. Si los argentinos estamos conformes con la organización que tiene nuestro país, ¿la debemos a la ideología porteña que, en un momento de veinte años, tuvo como representante a Rosas, o a las provincias que la derribaron y, al último, le arrancaron la capital? En otras palabras: ¿quién hizo el país? ¿El sistema porteño, también llamado rosista, o el sistema antiporteño, antirrosista? ¿Qué contestan los rosistas? Hay preguntas que sólo obligan a bajar la cabeza.

Hemos mencionado el antiextranjerismo. Es una especie de traición a los antepasados, a nuestra propia sangre que sólo tiene sangre europea, extranjera. Un ejemplo de renegado lo dio, en cartas a sus amigos, como Guido, el napolitano, del reino de Nápoles, Pedro de Ángelis. Sus mueras a los gringos, que él daba, no los repite ningún gringo, a menos que se traicione a sí mismo. Lamas, en sus *Apuntes*, dijo muy bien que Rosas había creado el odio a los extranjeros, lo fomentaba y había hecho de ese odio "un principio americano". En otras páginas hemos traído algunas pruebas. No se necesitan otras. Podrá discutirse que ese odio respondía al conflicto con Francia y Gran Bretaña. Dígase lo que se quiera. Los testimonios documentales demuestran que ese odio fue estimulado por Rosas, en sus órdenes y consejos a los subordinados. Los antecedentes coloniales contra extranjeros no respondían a odios de razas, sino a temores de herejías. Es elemental y no se discute, que la gran inmigración en la Argentina comenzó después de la caída de Rosas.

Sarmiento lanzó un grito desesperado en 1850. Era un llamado a las provincias argentinas, al Paraguay y al Uruguay para unirse contra Rosas, formar una gran Confe-

deración y tener una capital común en la isla de Martín García. La capital se habría llamado Argirópolis, la ciudad de la Plata. Los historiadores que han estudiado las ideas políticas de Sarmiento lo han llamado visionario o estrafalario por haber imaginado una capital semejante. Alguien dijo que era un disparate. Ninguno advirtió la idea grandiosa de una magnífica Confederación que habría dado al mundo una de las naciones más grandes y poderosas. Era una alianza de tres naciones para derribar una tiranía que cerraba los ríos que les daban vida. Un escritor rosista, notable por su imparcialidad, Julio Irazusta, le ha hecho justicia y comprendió la trascendencia de *Argirópolis*. Talentos como los de Paul Groussac y Leopoldo Lugones no lo entendieron y emitieron juicios impropios de sus plumas. Irazusta es un historiador de las ideas políticas. Aquellos hombres no lo fueron. Por ello la comprensión y la incomprensión. La idea de la Confederación venía de lejos, desde que San Martín había soñado la Asociación Argentino-Chileno-Peruana. La daban, además, los ejemplos de Italia y de Alemania que aspiraban una unión nacional. Habríamos sido los Estados Unidos de la América del Sur. Pero, además, este proyecto extraordinario, que nada tenía de utópico, salvo ablandar el encerramiento del Paraguay, encerraba otro estímulo que, muy pronto, cambió la historia argentina: un llamado a Justo José de Urquiza, el gobernador de Entre Ríos, el autor del tratado de Alcaraz, el hombre en quien todas las provincias confiaban para que derribase a Rosas. Sarmiento era sagaz, conocía bien a los políticos de su tiempo y sabía que Urquiza era el único de los caudillos que podía cambiar nuestros destinos. No se equivocó. Y en lo que tampoco se equivocó fue en exponer la necesidad de que esa gran Confederación se rigiese por medio de un Congreso. La idea del Congreso también venía de lejos, desde que la había expuesto Martín de Álzaga, en 1808, por primera vez en nuestra historia. La habían esperado, vanamente, las provincias en todos sus tratados y había llegado el instante irrepetible de llevarla a cabo. Urquiza debía hacerlo. Y lo hizo. No creemos en profecías, pero sí en intuiciones geniales. Sarmiento conocía bien nuestra política. Sabía que Rosas, por su sistema de encierro y de ahogo, no podía perdurar y veía, con suma claridad, pues

el horizonte no tenía más que insignificantes nubarrones, surgir a Urquiza como único organizador de las provincias abandonadas a su suerte y a su desesperación. Urquiza ansiaba la libre navegación de los ríos. La *Gaceta de Rosas* se esforzaba en demostrar que esa navegación era “muy perjudicial a los intereses materiales y políticos de todas y de cada una de las provincias de la Confederación”. Primero vendrían los buques mercantes con pabellones extranjeros, luego, los de guerra y, por último, “sus crueles y devastadoras intervenciones”. Era una manera de convencer a los caudillos de que la libertad de comercio y de navegación no convenía, a menos que se hiciese por el puerto de Buenos Aires y quedasen en él sus derechos de aduana. Y, si esto no ocurría —lo de los buques de guerra— la nación igualmente sucumbiría bajo el poder de los extranjeros. Había que evitarlos. Era un mal para el país. Nosotros no debíamos tener la “casa ocupada por ajeno dueño” ni servirle como “peones o lacayos”. “La división y la anarquía son las armas de la conquista extranjera y Varela las pretende con ridículo descaro.” La libre navegación de los ríos era un peligro que “los nuevos Estados deben resistirlo y rechazarlo en común y en especial y necesariamente los pueblos de una misma nación americana que es atacada de esa manera cruel e inaudita por la ambición europea”.

Estos argumentos todavía se hacían valer en 1850, pero ya no convencían como en otros tiempos, si es que alguna vez convencieron a alguien. Las ansias de un comercio libre y de una libre navegación de los ríos era tan intensa en 1850 como veinte años antes. Había una diferencia: que lo que se había empezado a discutir en 1830 estaba agotado en 1850 y los pueblos no aguantaban más. Veinte años habían envejecido o llevado a la tumba a mucha gente y habían convertido a niños de diez años en hombres de treinta que no estaban dispuestos, como sus padres y abuelos, a creer en la letra de tratados jamás cumplidos y en la esperanza de un Congreso y de una Constitución que nunca llegaban. La Argentina estaba madura para decir basta, para levantarse contra la provincia que la esclavizaba y arrojar al destierro al mascarón de proa que la representaba. Rosas sentía miedo. Es algo que reconocen sus biógrafos más sensatos. Para combatir a Sar-

miento, que tronaba al otro lado de la cordillera, hizo fundar un periódico en Mendoza, *La ilustración Argentina*, muy bien escrito, aunque con los argumentos falsos de siempre, y probablemente por el joven Bernardo de Irigoyen, cuyo rosismo le fue echado en cara toda su vida. El aislamiento de las provincias era su muerte. Los derechos que pagaban los ganados y cargas desde Buenos Aires hasta Mendoza, San Juan, Salta y Jujuy, excedían, “de un modo considerable, el valor del ganado en la provincia de Buenos Aires”. Entretanto, Buenos Aires exportaba millones de cueros vacunos y sus arcas se llenaban de dinero sin que se diese un centavo a las provincias. El federalismo y el autonomismo lo prohibían. La falta de un Congreso y de una Constitución era la culpa de todo. Sarmiento lo demostraba en sus escritos. Muchos federales lo comprendían. Los localismos, la ausencia de un gobierno central y común, dividían cada vez más a las provincias y aumentaban los odios hacia Buenos Aires. El odio contra los gobernantes que mantenían indefinidamente ese estado de cosas penetraba hasta las paredes de la ciudad. Buenos Aires era la ciudad envidiada y odiada y este sentimiento, nacido de la política funesta de los hombres de Buenos Aires y, en especial, del gobierno rosista, no se ha perdido del todo en la actualidad, sin que nadie sepa los orígenes o se explique el por qué. La Mazorca seguía en pie, aterrorizando a medio mundo y obligando a figurar en sus listas, entre criminales conocidos, a las familias más inocentes y destacadas de la ciudad. Gente ignorante y despreciable, por sus sentimientos y servilismo, gritaba todavía “Rosas o muerte”, como gritaron, no hace muchos años, otros fanáticos que todos hemos oído en favor de otro mandatario. No nos asombremos de que José Mármol y Rivera Indarte sostuviesen, como los teólogos jesuitas del siglo xvii y posteriormente, que era acción santa matar a Rosas. Cuando no hay otra solución, el regicidio o tiranicidio es la única salida. Un publicista de talento, pero siempre dispuesto a defender cualquier causa con tal de tener un sueldo, Pedro de Ángelis, quería demostrar que el cierre de los ríos, que asfixiaba a las provincias y al Paraguay, respondía a la necesidad de defender la soberanía nacional. Este argumento sólo servía para probar que la soberanía era confundida con la muerte, perfectamente

calculada, de las provincias. Al odio de las provincias se sumaba el del Paraguay que reclamaba su independencia para no verse estrangulado como ellas. Nadie se dejaba engañar, salvo los más ilusos, por las infamias absurdas de que los unitarios pretendían entregar estas tierras a los extranjeros, que eran todos unos traidores, unos vendepatria que sólo deseaban esclavizar al país, etcétera. Estos argumentos, esgrimidos por otros fanáticos y embusteros en tiempos recientes, sólo lograban el desencanto y el desprecio de la gente con criterio. Los bloqueos habían defendido la independencia del Uruguay frente a la presión de Rosas. Las provincias no habían estado conformes con esa guerra que nada les reportaba. Nadie había atacado la independencia argentina ni, menos, americana. La propaganda de Rosas, de que era el defensor de esta independencia, aparecía como una fantasía ridícula.

Muchas veces se ha dicho que las renunciaciones de Rosas a continuar en el gobierno, eran una farsa. Sin duda lo fueron más de una vez y es posible que también lo hayan sido en la última oportunidad en que fue reelegido. Lo cierto es que la renuncia de 1849 tiene algunos toques que parecen sinceros. Aparte de la mentira de que su salud no andaba bien, escribió que su permanencia en el poder podía "causar al país un positivo mal" y que era conveniente "nombrar otro ciudadano que, con más robustez y fuerza de opinión, suceda sin más demora al general Rosas".

Los adulones y esclavos por vocación, que nunca faltan en cualquier gobierno, se apresuraron a implorar que Rosas continuara en su cargo. Visitaron a la inefable Manuelita, que no vacilaba, cuando llegaba el caso, en aconsejar algún degüello, y pidieron que, si Rosas estaba cansado, que sólo se ocupase de los asuntos de gran importancia y que los pequeños "queden sin despacharse por muchos años". Tanta bajeza produce náuseas. Pero lo cierto era que el Rosas de 1849 y 1850 no era el de años anteriores. Los esclavos voluntarios, los que temían perder sus posiciones si Rosas caía, tuvieron miedo y hablaron de las escenas de sangre y de la anarquía que podían producirse con su ausencia. Se asustaron y trataron de asustar a quienes no lo estaban. Presentaron a los unitarios como únicos culpables de todos los males que sufría

el país. Acusaron a los extranjeros de querer apoderarse de la Argentina y de América. Llamaron a Rosas "genio" y "defensor heroico de nuestra independencia". El fin de los bloqueos significaba, indudablemente, el fin de Rosas. Él lo sabía y por ello pedía ser relevado. Ya no había excusas para mantener el cierre de los ríos, ni retardar un Congreso general. Entre Ríos, particularmente, y las demás provincias del Litoral, se sentían encerradas, no podían exportar como hubieran querido, no olvidaban el intento de Alcaraz y esperaban otra ocasión para cambiar su destino. Cuando Rosas insistió en su renuncia, Urquiza le contestó que postergase "el cese de su administración para cuando, libre y triunfante de todos sus enemigos, pueda admitir la renuncia de V.E. cediéndole el merecido descanso de la vida privada". Es decir: Urquiza admitía la posibilidad de que, algún día, Rosas dejase el cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores. Esto era un colmo para los rosistas fanáticos. Felipe Ibarra, de Santiago del Estero, fue aun menos entusiasta, lo mismo que el de Corrientes, cuyo gobernador, Virasoro, admitió, también, la posibilidad de una renuncia. En cambio, la provincia de La Rioja, nombró a Rosas jefe supremo del Estado con "toda la suma de un poder extraordinario". Su título debía ser Supremo director de los negocios nacionales de la República Argentina y general en jefe de sus ejércitos.

Como era de esperarse y nadie dudaba, Rosas terminó por continuar en el mando. En Montevideo, en Chile y en otras partes, se dijo que las renunciaciones de Rosas eran una farsa, una maniobra para estimular las adulaciones y los ruegos. Rosas fue reelecto por la Sala de Representantes el 7 de marzo de 1850 con las condiciones que el pueblo había exigido, es decir, con más poder que antes. El famoso doctor Lorenzo Torres, que habría de seguir influyendo aun después de la fuga de Rosas, fue el primero en cubrir a Rosas de elogios desatinados, absurdos, falsos. Había "realizado el dogma santo de la independencia americana", había salvado el país, etcétera. Otro adulón, el doctor Baldomero García, capaz, como Torres, de cualquier servilismo, llenó a Rosas de tremendos elogios: hombre indicado por la Providencia, de los que "aparecen uno en cada siglo", y presentó la Constitución como el abismo

de todos los males. Las comunicaciones de la reelección fueron llevadas a la exquisita Manuelita que en nada influyó para que su ilustre padre se pasara nada menos que nueve meses sin contestar a los serviles lacayos que lo habían elegido. Se dio el gusto, el neurótico gobernante, de hacer esperar a la Legislatura y a los gobernantes hasta el 13 de diciembre de 1850 para agradecer tanta bajeza y degradación. No estaba satisfecho. Dijo a los miembros de la Sala de Representantes que la soberanía republicana residía en el mayor número; pero que “en la campaña la votación ha distado mucho de aproximarse a la mayoría. En todos sus partidos ha sido deficiente y en algunos tan diminuta que no ha llegado a la décima parte de sufragantes”. Y, al rato, hizo esta estupenda declaración o confesión: “Desde que esto es así, natural es también que esté en decadencia mi opinión en la mayoría de la república y en esta provincia”.

Rosas reconocía que estaba en decadencia. Nunca lo había dicho. Por ello insistía en que se le diera un sucesor. “No es justo ni conveniente —decía— permitáis que aquel a quien tan eminentes frases y favores habéis acordado, vea marchitarse su nombre y su fama.” Admitía que aún podía ser útil “en algún otro destino: no me inutilice Vuestra Honorabilidad en las tareas gubernativas, muy superiores ya a mis fuerzas y a mi capacidad. Os pido, encarecida y respetuosamente, honorables representantes, os pido un sucesor”. Quería alguien, en otra nota, “con más robustez de salud y de opinión que yo”. Y terminaba: “Mi corazón y mi conciencia me dicen a cada instante que no puedo continuar haciendo el bien en el lugar que ocupo”.

¿Eran sinceras éstas y otras muchas manifestaciones semejantes? El historiador no puede penetrar en la conciencia de nadie y, menos, de muertos. Lo indudable, repetimos, es que Rosas había advertido que estaba en decadencia y que las provincias no se mostraban tan entusiastas con su gobierno como en otros tiempos. En algunas provincias, por ejemplo, en Catamarca, el gobernador Navarro expuso a la Sala de Representantes la contestación de Rosas y manifestó que éste podía “delegar su poder en persona de su confianza hasta restaurar su salud y, entretanto, se le confíe a su sabio discernimiento

decidir o no la conveniencia de convocar un Congreso general". La idea de un Congreso no horrorizaba como en otros años. Era la única salvación. Navarro escribió a Urquiza que todas las provincias podían unirse para salvar a la patria. Urquiza, sin que Navarro lo sospechase, ya estaba en camino de realizar su pronunciamiento. Urquiza era buscado por los unitarios para que derrocara el gobierno de Buenos Aires y diese la libre navegación de los ríos. El Brasil imaginaba combinaciones para lograr los mismos fines. El gobierno de Montevideo se deshizo de Fructuoso Rivera para tener una libertad de acción que, con Rivera, desertor del Brasil, cuyo grado de general había ostentado, no podía contar. Rivera, incapaz de vencer a Oribe, otro incapaz como él, trató de llegar a un entendimiento con el protegido por Rosas. Era un acercamiento al mismo Rosas. Por algo el gobierno de Montevideo, tan mal considerado por algunos historiadores que no han comprendido su trascendencia, se deshizo de ese hombre y buscó la colaboración de Urquiza. Éste, atento observador de la política del momento, comprendió que la oportunidad no podía ser más favorable. Así pasaron tres años hasta que en 1850 la trama antirrosista estaba bien extendida. Había corrido la leyenda de que Rosas y Oribe aspiraban unir el Uruguay a la Argentina y que Rosas podía conquistar el Paraguay y emplear su ejército para dominar el Brasil. Temores sin fundamentos que atribuían al dictador argentino un talento geopolítico y una capacidad militar que nunca tuvo. También se fantaseaba acerca de un posible rompimiento de Rosas y Oribe que habría atraído al uruguayo hacia el Brasil. Montevideo vivía en una gran pobreza. El general Tomás de Iriarte, en sus olvidadas y grandiosas memorias, ha descripto esos instantes. Fábulas, chismes, intrigas, todo volaba de un lado a otro de la ciudad. Carlos Antonio López, el dictador del Paraguay, creyó que Urquiza lo acompañaría contra Rosas e invadió a Corrientes. El golpe de López había sido inspirado por el Brasil. Quería hacer combatir a un amigo, cuya independencia había reconocido, para no dar la cara y evitar ineludibles enfrentamientos. El Brasil no gustaba de guerras cuyos éxitos nunca lo habían favorecido. Urquiza, en vez de unirse a los paraguayos y avanzar contra Rosas, obligó a los paraguayos a volver a sus

fronteras. Estamos en la segunda mitad del año 1849. El mismo López propuso a Rosas suspender el problema de la independencia paraguaya "hasta la reunión de un Congreso general de la Confederación Argentina". El Congreso era la esperanza de argentinos y extranjeros. El Congreso, sin duda, aprobaría la libre navegación de los ríos y tomaría otras muchas decisiones. Ya no era posible vivir sin Congreso. Entretanto, Chico Pedro, el barón de Jachy, Francisco Pedro de Abreu, había levantado la provincia de Río Grande en contra de Oribe. El robo de ganados, por parte del barón, era el móvil principal de este movimiento. El imperio del Brasil tenía que combatir al barón y correr el riesgo de perder esa provincia, o utilizarlo en una guerra contra Oribe y Rosas. Un destino o un dado había sido arrojado al tapete.

José María Rosa y Julio Irazusta han estudiado en sus obras cumbres estos hechos y estos problemas. Sus libros, en tantos aspectos discutibles, ofrecen en lo referente a la intervención del Brasil materiales preciosos para comprender sus acciones. Al imperio, indudablemente, convenía tener en Montevideo una base de operaciones desde la cual poder atacar a Buenos Aires. Para que Montevideo subsistiese era preciso darle fondos. De ello se encargó el barón de Mauá, Ireneo Evangelista de Souza, banquero que terminó en la ruina y, para pagar sus deudas, hasta ofreció sus anteojos de oro, que no fueron aceptados. El dinero de Mauá pasó del gobierno del Brasil al de Montevideo por intermedio de Andrés Lamas. El temor a perder la independencia, absorbida por Rosas, trajo el Brasil al Plata. Rosas era incapaz, con su pésima geopolítica, de reanexar la Banda Oriental a las Provincias Unidas. Pero el imperio, sobreestimándolo, lo creyó con agallas suficientes como para semejante empresa, que ojalá se hubiese realizado. La política de Rosas no pasaba de su odio a los unitarios, odio antiargentino e infecundo, que fue su ruina y la del país. En Montevideo se pasaba hambre. Las memorias de Iriarte son un gran testimonio. Hasta que el encargado de negocios del Brasil en Montevideo encomendó a un comerciante español, de Mataró —Ramón J. Cárcano lo llama "el hombre de Mataró"—, don Antonio Cuyás y Sampere, que preguntase a Urquiza si, en caso de un rompimiento de la Confederación con el imperio del

Brasil, él permanecería neutral. Urquiza, gran argentino, no vaciló en contestarle que tomaría el partido de su patria. El canciller brasileño, Silva Ponte, resolvió esperar. Entretanto, el ministro argentino en Río, don Tomás Guido, exigió al canciller brasileño un castigo al barón de Jacuhy y lograr unas reparaciones. El gobierno de Rosas nada tenía que ver con estos problemas de la frontera uruguayo-brasileña, pero actuaba como aliado de Oribe y provocaba al Brasil a una guerra. En efecto, el ministro Paulino trató de arrastrar a López, del Paraguay; pero el sabio mandatario de la Asunción no se dejó convencer. Sin embargo, el Brasil perseguía fines que lo favorecían: asegurar la independencia del Paraguay y del Uruguay para disminuir las posibilidades del momento y del futuro de la Argentina de anexarse esos países. Eran horas en que Rosas terminaba sus negociaciones con el delegado francés Lepredour. Guido, en Río, hacía prodigios para impedir una guerra con el Brasil. El imperio la deseaba para fortalecer al Uruguay y al Paraguay y debilitar a la Argentina. El ministro inglés, míster Hudson, colaboraba con Guido en el esfuerzo de mantener la paz. La negativa del Brasil de dar reparaciones a la Argentina y al gobierno de Oribe por las incursiones, en la frontera uruguaya, del barón de Jacuhy, obligaron a Guido, por orden de Rosas, a pedir sus pasaportes y abandonar Río de Janeiro. El encargado de negocios del imperio también se alejó de Buenos Aires con atentas cortesías por parte de Rosas. Éste no buscaba ni esperaba una guerra con el Brasil, y el Brasil tenía serios temores de entrar en una conflagración. Nada habría ocurrido, salvo un rompimiento momentáneo de relaciones diplomáticas, si, al otro lado del Uruguay, Justo José de Urquiza, gobernador de Entre Ríos, no se hubiese lanzado a la empresa de dar a su patria una unidad, un Congreso y una Constitución. Los ideales de Mayo —Congreso y Constitución— renacían y el caudillo entrerriano iba a imponerlos. El Brasil se quedó con la boca abierta. Ahora podía aliarse a Urquiza y combatir contra Rosas para lograr la libre navegación de los ríos y asegurar, definitivamente, la independencia del Uruguay y del Paraguay.

Entre Ríos, con Urquiza a la cabeza, hacía un continuo contrabando de carnes y cueros con el Uruguay. Lo

secundaba el gobernador de Corrientes. Esas provincias no podían vivir sin ese comercio. La política encerradora de Buenos Aires, lo hemos dicho muchas veces, era la ruina y el hambre del país entero. Para lograr un comercio algo mayor, las provincias del Litoral debían pedir permisos a Buenos Aires. Eran concesiones que lastimaban el orgullo provinciano y no favorecían mayormente sus intereses. Cuando Rosas rompió las relaciones diplomáticas con el Brasil, Urquiza comprendió que había llegado el momento de derribar al gobierno de Buenos Aires. Su provincia era la más rica del país después de la de Buenos Aires. Necesitaba exportar, lo mismo oro que ganados y equinos. Para todo debía pedir permiso a Buenos Aires. El deseo de terminar con esa situación databa desde 1846 y los tratados de Alcaraz. El país no podía vivir con el dominio exclusivo del "genio" de Buenos Aires, sin la participación de las provincias en un Congreso y sin una Constitución que reglase todo lo que se debía hacer en un Estado con un poco de sensatez. No podemos adivinar las intenciones de Urquiza no expuestas en el papel. Admitamos que soñó ser el presidente de la república constituida que él y otros muchos políticos esperaban organizar. Lo cierto es que preparó su pronunciamiento con los estímulos de mucha gente. Esteban Echeverría le había enviado su *Dogma socialista*. Estamos casi seguros de que Urquiza no leyó ni entendió una palabra de este pequeño libro donde su autor empieza por ignorar cuál fue el dogma o fueron los fines de Mayo. Si no los han entendido, salvo José Manuel Estrada, el dogma y los propósitos de Mayo, todos los historiadores que los han buscado o adivinado a su manera, muy probable es que Urquiza y sus consejeros, que jamás supieron qué fue Mayo, se hayan detenido a inquirirlo. En cambio, lo que Urquiza comprendió muy bien y, sin duda, se lo hicieron recalcar sus amigos, fueron las palabras de Echeverría en que le decía que debía ponerse al frente de un partido nacional, promover la fraternidad de los argentinos y pacificar el país. Así llegaría a ser el "primer grande hombre de la República Argentina". Alberdi fue otro escritor que tal vez influyó en el ánimo de Urquiza. No indaguemos estos estímulos. Lo indiscutible es que el ideal del Congreso, desde que fue sofocado por Saavedra y la Junta grande, vivió siempre en los pensamientos políticos

que se agitaron en la Argentina. Muy bien lo habían concebido Martín de Álzaga y los integrantes de la Junta de Mayo y lo habían repetido todos los hombres que fueron perseguidos o degollados por sostenerlo, como Berón de Astrada, Avellaneda y otros. El Congreso era la única salvación nacional y lo único a lo cual se oponían los hombres de Buenos Aires, como Rivadavia, temeroso de que lo presidiese San Martín y organizase la Asociación Argentino-Chileno-Peruana, y Rosas y sus sostenedores que se veían perdidos si se formaba un Congreso.

La falta de un Congreso —lo hemos dicho muchas veces— estuvo a punto de dividir el país en varias repúblicas. Se pensó en ello en tiempos del fracasado Congreso de Córdoba, por culpa exclusiva de los temores y ambiciones de Rivadavia, y se volvió a pensar en otras ocasiones, por la desesperación de no poder constituir el país por el ansia de predominio de Buenos Aires. Las provincias querían vivir, respirar, y no podían hacerlo sin un Congreso. Por ello llegaban a pensar en independencias locales, en formar nuevas naciones. Rosas y los estancieros que le imponían esa política pusieron el país al borde de la descomposición total. Quienes repiten la *boutade* de Ernesto Quesada, de que Rosas hizo la unidad nacional, no saben lo que dicen y dan muestra de una apreciable semicultura histórica en la cual brilla por su ausencia lo único que deberían saber. Urquiza aparece como el organizador de la nación, con la oposición sistemática, constante, de Buenos Aires. No es un traidor, como han dicho algunos rosistas poco versados en estos estudios. Es un hombre que obra por su cuenta y se alía al Brasil cuando éste resuelve declarar la guerra a Rosas. La conciencia pública, reflejada en sus diarios y periódicos, repetía que el imperio no estaba en condiciones de hacer frente a Rosas. Hasta pensaba en una cooperación de Francia si este país no solucionaba su conflicto con Rosas. El gobierno de Rosas, o sea, la política exclusivista, aislacionista, de Buenos Aires, había llegado a un envejecimiento inevitable. Todos estaban hartos de ese estado de cosas. La cuerda se había estirado demasiado. No es extraño que un pequeño periódico de Entre Ríos, *La Regeneración*, inspirado por Urquiza, publicase un artículo, el 5 de enero de 1851, en que decía: "Este año 1851 se llamará en esta

parte de América *La Organización*. Obra de una admirable combinación de ciencia, patriotismo y firmeza, habrá paz general y gloria en la república y con la república... El gran principio del sistema federal, consagrado por la victoria, quedará consolidado en una Asamblea de delegados de los pueblos. De su seno saldrá un mandato de fraternidad y, abrazándose todos los hermanos, vitorearán reconocidos un nombre glorioso que designa a un hombre grande que simboliza en su persona... Para nosotros, la única faz del año 51 es la Organización”.

Era el anuncio de que ese año de 1851 terminaría la desorganización nacional y comenzaría la organización. El hombre grande era Urquiza. La Asamblea de delegados era el Congreso. El primero en protestar fue el rosista Rufino de Elizalde en una carta al hijo de Urquiza, Diógenes. El futuro amigo de Mitre, su candidato a sucederle en la presidencia, quedó señalado, toda su vida, por esta carta, como un antiguo rosista y no dejó de serlo con su política porteñista, contraria al país. Urquiza se puso en contacto con el gobierno de Montevideo y con el agente del Brasil en esa ciudad por medio del catalán Cuyás y Sampere. Éste refirió en sus memorias los pasos que dio. Ramón J. Cárcano ha revivido, con talento y erudición, las emociones de aquellos instantes. Otros eminentes historiadores, como José María Rosa y Julio Irazusta, han documentado los hechos en forma exhaustiva. Nada se ignora. Sólo las interpretaciones difieren. Irazusta recuerda que en Buenos Aires, según un espía brasileño, “en lo que más se trabaja y en lo que hay más empeño, sin rehuir medios, es en derribarlo (a Urquiza), asesinandolo”. No hacemos comentarios. Sólo recordamos cómo desaparecieron otros hombres molestos. Urquiza, en efecto, indignó a Buenos Aires con el artículo aparecido en *La Regeneración*. Además, en una carta al joven Elizalde, que había escrito a su hijo, del 22 de febrero de 1851, le afirmó que ese año, como, en efecto, decía *La Regeneración*, sería el de la organización, “sobradamente postergada”. La cuerda, de tan estirada, estaba por romperse. Venían otras quejas por el olvido en que se teñía a Entre Ríos. El hecho era que nadie ignoraba, en Buenos Aires y en el país, que Rosas y Urquiza estaban por irse a las manos. Todo había provenido por la terquedad de Rosas y de la gente

que lo sostenía de no convocar un Congreso y por el empeño de sostener a Oribe en un cargo y en una posición que no le correspondían. La cuestión con el Brasil había nacido de los ataques de Oribe al barón de Jacuhy. Problema que a Rosas no le tocaba y que él se propuso desenvolver por su alianza con Oribe hecha solamente para perseguir a los unitarios sostenedores de la idea de un Congreso.

Hemos visto, a lo largo de tantos episodios, que el único culpable de la ruina argentina, del atraso de tantos años en reunir un Congreso y organizar el país, del conflicto con el Brasil, de los esfuerzos de este país para afianzar y hacer reconocer la independencia del Paraguay y tener un amigo más en contra de Rosas, fue Rosas. Por algo sostenemos que este político, instrumento de los otros políticos porteños, fue el más nefasto que tuvo la Argentina en toda su historia, salvo otro que apareció, con otras ideas y otros problemas, un siglo después. Si el Paraguay terminó por perderse, definitivamente, fue por la política de Rosas que estimuló al Brasil a defender su independencia. Si existen resquemores con el Uruguay fue por su empeño en sostener a un gobernante eliminado, inútil, como Oribe, nada más que por el odio estúpido y antipatriótico de Rosas a los unitarios refugiados en Montevideo. Si Rosas no hubiese tomado la causa perdida de Oribe como suya su destino habría sido otro. Por fortuna no lo hizo y esto apresuró su ruina. El Brasil era el que más esperaba aprovecharse de estos hechos. No le tocó nada, salvo pasear unas tropas, detrás de las de Urquiza, por las calles de Buenos Aires el día que se festejó el triunfo. El más sensato y noble de todos los personajes de este dramón fue Carlos Antonio López. A pesar de haber logrado la independencia del Paraguay gracias a los esfuerzos y a la política divisionista del Brasil, no se alió a él en la guerra contra la Confederación Argentina. Carlos Antonio López, estadista de talento, muy superior a su hijo Francisco Solano, no cometió el error fatal en que incurrió su descendiente que echó por tierra todo lo que había conseguido el padre. Mientras hombres como Ángelis insistían en que organizar el país era conmovirlo y creían posible, con una falta de visión política que asombra, seguir aún más tiempo por ese camino, Urquiza, el

más sensato de todos, no se detenía en sus preparativos. La falta de una política internacional, que aquejaba a Rosas, sobresalía, en cambio, en Urquiza. Empezó por aceptar formar parte de una cuádruple alianza con Corrientes, con el Brasil y con el Uruguay. No se trataba de una deslealtad con el resto de la Confederación por el sencillo motivo de que la Confederación no existía. Rosas le daba este nombre para considerarse el representante de ella, pero ningún congreso, ni ningún tratado, la habían establecido. Los pactos existentes prometían un Congreso y una Constitución que jamás llegaban. Por ninguna razón se puede probar la existencia de una Confederación. Las provincias, por la Ley fundamental, que nunca fue derogada, eran Estados independientes hasta que no aceptasen la Constitución surgida de un Congreso. Seguían, pues, como Estados independientes. Por ello fue posible la alianza de Entre Ríos, Corrientes, el Uruguay y el Brasil en contra de la provincia de Buenos Aires, no de las otras once provincias de la supuesta Confederación. Los enganches de voluntarios o mercenarios en Europa se hacían difíciles por la influencia opositora de Inglaterra.

Algunos historiadores, el doctor Julio Irazusta, por ejemplo, perfectamente informado, sostienen que si Urquiza, en vez de darse vuelta contra Buenos Aires, hubiera seguido del lado de Rosas, la guerra con el Brasil nos habría proporcionado ventajas territoriales sin duda enormes. En historia es fácil hacer hermosas suposiciones. Lo real es que Urquiza pensó más en la constitución de su patria, en la libertad de las provincias argentinas, que en agrandar su territorio, si ello hubiere sido posible, para hacer más extensa su esclavitud. Hizo lo que hizo y la historia debe estudiarlo sin el placer de las bellas suposiciones o posibilidades. En cuanto al Brasil es indudable que se decidió a atacar a Rosas porque contó con la sublevación de Urquiza. No es Urquiza que se alió al Brasil, sino el Brasil que esperó el levantamiento de Urquiza para ofrecerle su ayuda. En lo que respecta a esta ayuda, hoy no cabe duda de que fue poca y que esa poca de nada sirvió a Urquiza, salvo de estorbo. El mismo Sarmiento, en su crónica de la campaña del Ejército grande, se quejó de que los brasileños fuesen obligados a seguir al ejército entrerriano-correntino a varias leguas de distancia o que

Urquiza no admitiese tratar, ni saludar, a los jefes brasileños. No contó en absoluto con ellos y sólo les permitió tomar parte en la batalla de Caseros, ganada antes de comenzarla. El Brasil pensó sacar más provecho del que sacó. La independencia del Paraguay, que tanto había fomentado, estaba asegurada desde antes de sus orígenes por una tradición separatista de la Argentina que nadie puede discutir. Sólo aprovechó la libre navegación de los ríos que las provincias argentinas ansiaban desde largos años y por la cual Urquiza se lanzó a la lucha. Fue una intervención que sólo le representó gastos y muertes. Mucha razón tenían los opositores al gobierno imperial cuando se negaban, en varios diarios, a la intervención brasileña en las cuestiones del Plata.

Algo que parecía ser una solución o una excusa para la guerra sin tantos compromisos internacionales era Oribe. La guerra no sería directamente contra Rosas, sino contra Oribe, por sus desavenencias con el barón de Jacuhy. El Paraguay era buscado tanto por el Brasil como por Urquiza. Por lo menos se atribuía a este último intentos de atraérselo. Lo indudable es que Carlos Antonio López se mantuvo neutral. En cuanto a los gobernadores de las provincias argentinas no preocupaban a nadie. Rosistas por obligación o conveniencia, adulones por miedo y comodidad, harían lo que hicieron: aceptar y aplaudir al vencedor. La nueva patria no se debería a intervenciones extranjeras, sino al esfuerzo de los propios argentinos.

Y así fue. El primero de mayo de 1851, Urquiza se dirigió a Rosas tratándolo de Excelentísimo señor, sin el título de Encargado de las relaciones exteriores, para manifestarle que tanto él como el pueblo de Entre Ríos aceptaban su decisión de no continuar en el mando y reasumían los derechos y prerrogativas que habían delegado en el Encargado de las relaciones exteriores, por lo cual podían entenderse directamente con los gobiernos del mundo hasta que, "reunido el Congreso general constituyente de las Provincias del Plata sea definitivamente organizada la república". Pasamos por alto otros párrafos, bien conocidos. Al final, Urquiza ordenó substituir el lema "Mueran los salvajes unitarios" por el de "Mueran los enemigos de la organización nacional", o sea, los partidarios de la disolvente política porteña rosista.

Era la resolución urquicista de aceptar la renuncia de Rosas, reunir el Congreso tan ansiado y organizar, por fin, la república. Todo ello significaba el fin de Rosas y de su política, del federalismo anticonstitucional de los apostólicos, de la vida horrenda que se había vivido hasta entonces. Urquiza comunicó su decisión a los gobernadores de las provincias. Hubo festejos para celebrar el pronunciamiento. Son detalles de episodios locales de escasa importancia. Al gobernador de Catamarca, Manuel Navarro, que le había hablado de las difíciles circunstancias de la Confederación, le contestó que él, Urquiza, no veía "otras que la persona del general Rosas, oprimiendo a los pueblos, agotando sus recursos, impidiendo el desarrollo de su industria y aniquilando su inteligencia para alejar cada vez más la suspirada época de su organización y del libre reinado de las instituciones democráticas liberales". Digan los historiadores, rosistas y no rosistas, si estas palabras no eran la más pura de las verdades. En otra carta a Ignacio Oribe, hermano de Manuel, le hacía otras declaraciones. Había que convocar un Congreso nacional para que el país tuviera su Constitución. Si no se derribaba a Rosas, "jamás, jamás, tendremos Congreso, instituciones nacionales, jamás tendremos patria". Era el fin de la revolución de Urquiza contra Rosas. E inmediatamente hacía una confesión que los mismos rosistas, impresionados por su sinceridad y su insuperable valor histórico, no han dejado de reproducir: "Este convencimiento, que he sofocado en mi corazón, traicionando a mis compatriotas y engañando a toda la república y al mundo, me lo ha arrancado la conducta hostil con que me ha provocado el mismo Rosas: ese hombre tan pérfido y malvado como ingrato y desleal".

Urquiza quería organizar el país con los federales partidarios de una Constitución, con los lomos negros, no con los anticonstitucionales, los apostólicos. Era el clamor que venía desde Mayo y desde toda la historia independiente argentina. Los gobiernos de Buenos Aires lo habían aplastado. Durante el gobierno de Rosas el ahogo había sido más intenso y terminó por llegar a lo único en que podía terminar: la decepción y el hartazgo de todos. Situación que, como sabemos, tuvo un final que, simbólicamente, fue la huida de Rosas, pero que, en realidad, no significó

más que un paréntesis en la lucha entre Buenos Aires y las provincias. Nadie ignora que se prolongó después de Rosas, entre la ciudad del puerto y la Confederación, con más ahínco y rudeza que antes, que tuvo un Cepeda y un Pavón y que, en verdad, no concluyó en 1880, con la capitalización de Buenos Aires, sino que continúa y continuará en el presente y en el futuro de nuestra historia.

El levantamiento de Urquiza fue un hecho ineludible, que podía tardar meses o años, pero que no podía dejar de existir. La agonía de las provincias se hacía demasiado prolongada; el aislamiento, el encierro, decían basta. Desde el 1810 habían pasado cuarenta años. Era demasiado esperar un Congreso, una Constitución y una organización. El error de los hombres de Buenos Aires fue el no saber comprender que una situación semejante no podía ser eterna, a menos que las provincias desapareciesen materialmente con sus ciudades y sus habitantes: algo imposible. Por ello Urquiza insistió en que Rosas había fingido ideas constitucionales y un propósito de organizar el país que nunca había tenido, y por ello las provincias no se movieron contra el levantamiento de Urquiza, ni las poblaciones por donde pasó el ejército grande, libertador, lo hostilizaron. No hubo reacciones en contra de los sublevados. Todas las manifestaciones de adhesión ciega a Rosas, todos los elogios que se le habían tributado, todo había sido obra de tinterillos o de gobernantes provinciales cobardes o adúlones. El pueblo estaba resignado a vivir como había vivido, en la miseria, y los gobiernos de las provincias veían, más o menos indiferentes, la aventura de Urquiza que no sabían en qué iba a terminar. En cuanto a Rosas, sólo hábil en la intriga y en los manejos subterráneos, no supo reaccionar, ni hacer frente a la situación. Se limitó a llamar loco, traidor y salvaje unitario a Urquiza y a declarar a sus amigos que esa traición contra la "sagrada causa de la Confederación y de la América, no me ha sido hace años desconocida". A Pascual Echagüe le escribió el 27 de mayo de 1851 que el levantamiento de Urquiza era "una felicidad dispuesta por Dios infinitamente justo en castigo a tanta maldad sin cuento del loco Urquiza y salvajes unitarios que apadrina". Lo acusaba de contar con las escuadras de Francia y del Brasil. El programa que Urquiza tenía en la cabeza era del "estudiante, tan loco

como éste, jesuita, Juan Francisco Seguí". Los brasileños no sabían lo que habían hecho. Rosas fusilaba a quienes suponía enviados de Urquiza y propagandistas de su levantamiento. Imaginaba que Francia e Inglaterra podían ayudarlo. Para colmo atribuía a los jesuitas el levantamiento de Urquiza. Decía: "Sabe usted que el origen de la traición de Urquiza debe buscarse en sus antecedentes salvajes unitarios, en las maniobras de los jesuitas y en las semillas que éstos dejaron derramadas". Además recomendaba a Echagüe que cuidase "muchísimo de no caer en algún error a consecuencia de alguna carta o comunicación que le pudiera dirigir el obispo de Canopo, enviado de Su Santidad a ejercer en la república facultades eclesiásticas que el gobierno no le ha permitido, pues que aún no le ha contestado y que, atento a las circunstancias del país, no le permitirá".

El 29 de mayo de 1851, en un laborioso tratado, Pontes, en representación del Brasil; Herrera y Obes, del Uruguay, y Cuyás y Sempere, de Urquiza, firmaron un tratado en que quedó bien establecido que el fin de esa alianza era expulsar a Oribe y a sus fuerzas rosistas del Uruguay y devolver a Entre Ríos, a Corrientes y a las provincias que se incorporasen a la coalición sus derechos de independencia. Venían pormenores de cómo debían realizarse las operaciones militares y navales. El Brasil podría navegar en los ríos cuyas costas perteneciesen a Entre Ríos y Corrientes. No tenía otros derechos, fuera de los adquiridos, que no comprometían en nada la soberanía argentina. Algunos comentaristas de este tratado han querido ver un peligro para la unidad de las Provincias Unidas. No lo encontramos en la letra ni ocurrió en la historia. Nadie ignoraba que el fin principalísimo era terminar con el gobierno de Rosas.

Hemos dicho que ninguna provincia movió un dedo para sostener a Rosas. Lo único que hicieron fue emitir proclamas llenas de insultos contra Urquiza. Algunas dijeron que había llamado al extranjero para resolver problemas internos argentinos. Urquiza no llamó al extranjero. Coincidió con él. También esperaba Rosas una ayuda imposible de Inglaterra y de Francia que sus gobiernos ni soñaron otorgarle. En Mendoza se pensó elevar a Rosas a la categoría de jefe supremo de la Confederación para

que convocase una Asamblea Constituyente. Era una propuesta llegada de Córdoba que evidenciaría el deseo de contar, algún día, con una Constitución. Otras provincias insistieron en convertir a Rosas en jefe supremo de la república. Por último, Rosas resolvió acceder a tantos ruegos y seguir gobernando. Su resolución la expuso en un mensaje fechado en San Benito de Palermo el 15 de septiembre de 1851. Recordó que había pedido que se aceptase su renuncia y se colocase en su lugar a otra persona más capaz de lo que era él y que las provincias se habían opuesto. Era hacerlas culpables de lo que ocurría. Hasta que el loco salvaje unitario Urquiza había levantado la bandera de la rebelión. En esos momentos no podía abandonar el país y asumía su defensa. Rosas fue nombrado jefe supremo de la nación y se le concedió la suma del poder. En Buenos Aires, una comisión le entregó el nombramiento y el doctor Miguel García, en un exaltado discurso, le declaró que "Rosas es la patria". En cuanto a Urquiza se insistió en todas partes que se había vendido al Brasil. Desertor, traidor, loco, salvaje, inmundo, etcétera. Las calumnias de que Urquiza pretendía formar una nueva república con las provincias de Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay no faltaban. Los discursos de los adulones de Rosas fueron muchos y, algunos, bien escritos. No faltó el siempre dispuesto Pedro de Ángelis. Las falsedades son tantas como las líneas.

Rosas demostró ser un pésimo estratega y un peor general. No tomó las medidas más elementales para detener el avance de Urquiza. Éste, que conocía la capacidad militar de Rosas, lo sabía a la perfección y lo dijo a algunos amigos. Rosas no sabría defenderse. No es extraño que vadeara el río Uruguay, con la mayor tranquilidad y perfección, y avanzara seguro, sin oposiciones, hacia Buenos Aires. Empezó por recibir a desertores de Rosas que se plegaron a sus fuerzas. El desbande de los rosistas y oribistas empezaba. El Brasil envió al Uruguay, con el conde de Caxías, unos dieciséis mil hombres que nada hicieron. El Paraguay se negó a colaborar con Urquiza si Entre Ríos no se convertía en una república independiente. López buscaba el reconocimiento argentino de la independencia del Paraguay. Para no perder la alianza del Brasil, que fomentaba el reconocimiento de la independen-

cia paraguaya, hubo que concederla. Fue el único triunfo del Brasil, que los paraguayos no deben de olvidar. La independencia del Paraguay era un hecho desde el 1811, como sabe cualquier historiador de estas regiones. Exigir su anexión a las Provincias Unidas sólo cabía en la mente de Rosas, tan poco ducho en cuestiones internacionales. Es de ingenuos o de tontos soñar cosas imposibles. El Uruguay, con Andrés Lamas y otros personajes, comprendía muy bien estos hechos y apoyaba con el Brasil el reconocimiento de la independencia paraguaya. Urquiza no se apresuró a manifestarlo, pero supo muy bien que esa independencia, profundamente arraigada, había que reconocerla tarde o temprano. Teóricos de hoy, con utópicas ideas rosistas, alegan que Urquiza, para derribar a Rosas, se dejó imponer por el Brasil, y, en parte, por el Uruguay, el próximo reconocimiento de la independencia paraguaya. Es ignorar la historia del Paraguay. Lo real era que el Brasil temía que su imperio, con un dominio, que juzgaba posible, de Rosas sobre el Uruguay y el Paraguay, corriese peligro o, simplemente, desapareciese. Se trataba de otros visionarios, especialmente europeos, que se entretenían en manejar planes fantásticos. Todos desconocían la enorme debilidad de Rosas. El único que la había comprendido y la había expuesto, con su sabia ironía, en el juguete *El gigante Amapolas*, había sido Alberdi; pero la obra de Alberdi era considerada un entretenimiento, mientras que se trataba de un simbólico estudio político de primerísimo orden. Lo que no hay que olvidar es que el Brasil nunca se habría atrevido por sí solo a lanzarse contra Rosas si Urquiza no lo hubiese hecho primero. El hecho es que el Uruguay no ofreció resistencia ante la invasión de Urquiza. Quienes podían combatir no lo hacían por falta de interés o porque sabían que Rosas era una pompa de jabón. Manuel Oribe, sintiéndose perdido, intentó un arreglo con Urquiza por medio del joven López Jordán. Todo fue inútil. Sus hombres lo abandonaban o desertaban. Terminó por capitular el 8 de octubre de 1851. Pudo disponer de su persona y sus jefes quedaron igualados a los de Montevideo. No se le mantuvo el título de presidente. Fue evitada una batalla en la cual hubieran debido intervenir fuerzas brasileñas. Muchos hombres de Oribe engrosaron el ejército de Urquiza.

Mientras el triunfo de Urquiza se veía avanzar con la velocidad de sus marchas, en el Brasil no faltaban caviladores que imaginaban un posible arreglo de Urquiza con Rosas y el vuelco de ambos sobre el imperio y el Paraguay. Urquiza no tenía por cierto estas ideas. Quería que el Brasil le prestase cien mil patacones al mes para los gastos de la campaña. En cuanto a Rosas, apresuraba su defensa. Nadie sabe qué ideas andaban por su cabeza. El pronunciamiento de Urquiza produjo tal seguridad de que Rosas caería, que mucha fue la gente que huyó de Buenos Aires para refugiarse en Montevideo. En esta ciudad todo encareció y la abundancia fue plena. Hasta Sarmiento, cuando lo supo, salió de Chile y llegó a Montevideo a comienzos de noviembre de 1851. Con él llegaron también Mitre y Aquino, todos sin saber qué encontrarían. Hallaron aplausos y elogios. Urquiza nombró a Sarmiento boletínero del ejército grande. Y el 21 de noviembre de 1851 se firmó el tratado de la múltiple alianza. Empezó por declarar que la guerra no era contra el pueblo argentino, sino contra Rosas: argumento que se repitió en el tratado que se hizo en 1865 contra el Paraguay y que venía de la guerra contra Napoleón. La guerra la llevaban Entre Ríos y Corrientes. El Brasil y el Uruguay no pasaban de auxiliares. El primero presentaba tres mil hombres, y el segundo, dos mil. El jefe brasileño debía estar de acuerdo con lo que dijese Urquiza. El Brasil prestaría a Urquiza cien mil patacones al mes durante cuatro meses o hasta que cayese Rosas, con el seis por ciento al año. La Confederación Argentina reconocería ese empréstito. Si ello no fuera posible, la deuda sería pagada por Entre Ríos y Corrientes. La escuadra brasileña, con su almirante, debía obrar conforme con Urquiza. Cada aliado debía costear sus gastos. Los gobiernos de Entre Ríos y Corrientes debían lograr que el gobierno que se formase en la Confederación permitiese la libre navegación del Paraná y de los afluentes del Río de la Plata, tanto para los aliados como para los ribereños que diesen la misma libertad de navegación en las partes de los ríos que les perteneciesen. Si la Confederación y otros Estados ribereños no lo consintiesen, Entre Ríos y Corrientes la mantendrían para sus aliados. El Brasil protegería la retirada de las fuerzas aliadas si eran vencidas al oeste del Paraná. Ninguno de los

firmantes podía negociar una paz separada. El Paraguay sería invitado a formar parte de la alianza. Si el Paraguay entraba en la alianza, Entre Ríos y Corrientes influirían en el gobierno que se crease en la Confederación para que reconociese su independencia. Si el Paraguay fuese agredido, se unirían el Brasil y el Uruguay para defenderlo. Es decir que, si llegaba el caso de un desentendimiento con el futuro gobierno de la Confederación, las dos provincias actuarían como Estados independientes. Urquiza ratificó el tratado en San José de Guleguaychú el primero de diciembre de 1851. El Paraguay terminó por no entrar en la coalición.

Este tratado ha sido comentado de muchas maneras. No las analizaremos. La letra está ahí, y el espíritu, también. El Brasil no "dio" dinero a Urquiza; se lo prestó, y no a él, sino a la futura Confederación o a los Estados de Entre Ríos y Corrientes si la Confederación no se constituía. Urquiza no fue "pagado", ni "comprado", ni "sobornado". Urquiza, ni nadie, sabía qué ocurriría en las Provincias Unidas o Desunidas que hoy constituyen nuestra patria a la caída de Rosas. Podían formar la Confederación que constituyeron y podían declararse cada una de ellas Estados soberanos o unirse varias de ellas en un solo Estado o anexarse a naciones vecinas, como estuvieron a punto de hacerlo cuando Rosas las puso al borde de la desesperación y la locura. Si estas provincias, transformadas en nuevas naciones, no reconocían la independencia del Paraguay, Entre Ríos y Corrientes la habrían defendido. Si la Confederación se constituía, no habría habido problemas, pues Urquiza habría sido lo que fue. Es por ello que no puede decirse, como se repite a menudo, que Urquiza combatió contra su patria. Los ejemplos traídos por no pocos historiadores, de generales que se pasaron al enemigo y atacaron a sus países, no pueden explicar el caso de Urquiza que sólo admitió auxiliares para organizar su país y darle una unidad y una libertad que una única provincia o, mejor dicho, un pequeño grupo de hombres que agitaba un mascarón de proa llamado Rosas, se empeñaba en no permitir.

El talento de Rosas, su genio tan decantado, se pudo apreciar cuando en Buenos Aires se conocía la rendición de Oribe y todos se daban perfecta cuenta de que Urquiza

entraría pronto en la ciudad. Él y su plumífero Ángelis hacían manifestaciones que sus panegiristas no saben cómo justificar y terminan por llamar incongruentes o absurdas. Hay que admitir que Rosas, de pronto, cayó en un reblandecimiento desconocido o toda su vida había sido un inútil sanguinario manejado ocultamente por otras personas, sus famosos oráculos. En Santa Fe se creó un gobierno revolucionario. Mientras Urquiza avanzaba y aseguraba a todos los habitantes que no venía a combatir, sino a darles la libertad, Rosas pedía al general Ángel Pacheco que organizase el ejército y la defensa. Le daba cuenta de nimiedades. Una de ellas era el haber hecho fusilar al célebre Juan Cuello, novelado por Eduardo Gutiérrez, aprehendido en el Fuerte Azul por el juez de paz disfrazado de indio bombero. Había sido fusilado al frente del batallón Palermo, del cual era desertor. Rosas tenía la ilusión o esperanza de que Inglaterra impediría al Brasil atacarlo en el Río de la Plata. No imaginaba el peligro que representaba el avance de Urquiza. Se sentía adulado, aclamado hasta el último instante, por las clases más inferiores y no advertía el desdén o la indiferencia en que lo tenían otras muchas personas, decepcionadas de su gobierno y de sus tretas antinacionales. Por fin, tal vez consciente de su derrota o insensible ante lo que pudiese ocurrir, el 26 de enero de 1852, delegó el mando, recomendó a Manuelita que guardase los papeles que se referían a las finanzas y marchó a ponerse al frente del ejército. El general Ángel Pacheco fue considerado, por todos los testimonios conocidos, el culpable de la derrota de Rosas, por no haber acudido a tiempo con refuerzos. El incansable y sabio investigador Julio Benencia ha reunido una documentación admirable que ilumina y explica estos hechos. La batalla del 3 de febrero, en Caseros, ha sido descripta infinidad de veces. Ramón J. Cárcano ha dicho que sobraba el gaucho y faltaba el general. El único que cumplió con su deber fue el desdichado tráfuga Martiniano Chilavert, seguro de que sería fusilado. Tal vez la nota de Rosas más sincera, hermosa y valiente, fue la que escribió con lápiz, herido en la mano derecha, al caer del caballo, en su huida desesperada: su renuncia. Tuvo que disfrazarse de marinero inglés para llegar al puerto con el ministro británico. Nunca más volvió a su patria. Su vida

en Inglaterra fue a ratos bochornosa y a ratos digna de compasión. Fue lo que siempre había sido: un pobre hombre, un capataz de los Anchorena investido de un poder sin límites que lo trastornó. En muchos momentos se creyó un gran gobernante elegido por Dios.

Rosas huyó, pero quedaron los rosistas. No eran propiamente rosistas, salvo unas ancianas que le enviaban unas onzas de oro, como a hombre en desgracia. Los que se habían dicho rosistas no eran otra cosa que portefestistas. Buenos Aires tenía su política desde el 1810 y no la varió en un ápice con la caída de Rosas. Si él hubiera continuado, si Urquiza no hubiera existido o se hubiese mantenido callado, como tantos otros gobernadores o caudillos dormilonés o peleadores, no sabemos qué habría ocurrido en el país, ni, menos, en las naciones vecinas. El historiador debe hablar del pasado, no del futuro. Nunca puede ser adivino. Las suposiciones infaliblemente encierran errores. Lo real es lo que ocurrió. Con Rosas en el poder, pocos o muchos años más, no es poco probable que todo hubiese seguido igual. Lo que sabemos es que Urquiza dio vida a la Confederación, a una Argentina organizada, con su Congreso, su Constitución, su presidencia y una capital provisoria que luego se hizo permanente: Paraná. Y que Buenos Aires luchó para seguir siendo Buenos Aires, es decir, una ciudad que dominaba a las provincias, conservaba para sí las rentas de su aduana y prohibía el comercio a todo el país con la clausura de los ríos y el permanente descontento de todas las provincias. Es inútil decir que la inmigración había comenzado, que las relaciones internacionales no eran malas, que el estado financiero era bueno, etcétera. Todo esto era la vida corriente, normal, de Buenos Aires. Estúdiense el estado social y económico de las provincias y veremos otras cosas, muy diferentes. Y piénsese en los anhelos de un pueblo que desde su independencia de hecho, en 1810, no aspiró más que a tener un Congreso, una Constitución, una organización nacional y se encuentra con un partido, no de todas las provincias o muchas de ellas, sino de una sola, que se lo impide y lo mantiene subyugado con argumentos falsos, con un sistema de pactos o compromisos, siempre aceptados porque prometían, muy pronto, un Congreso y una Constitución que nunca llegaban. No digamos que con

Rosas en 1852 y años sucesivos, el Uruguay hubiera podido ser reincorporado a las Provincias Unidas y el Paraguay habría admitido ser otra provincia argentina. Esto es soñar o no conocer las almas de nuestros buenos vecinos. Díganse estas cosas a los ilustres historiadores del Paraguay y del Uruguay y a los simples trabajadores del campo, no instruidos, y se oirá lo que contestarán. Quienes, por otra parte, censuran la libre navegación de los ríos, hoy en día están tan atrasados en política y diplomacia que no es serio discutir con ellos. Dicen que la apertura del país a la inmigración del mundo fue un mal. Fue la grandeza moderna de la Argentina y esto lo sabemos todos los hijos, nietos o bisnietos de extranjeros que vivimos en nuestro país. Aquí el extranjero se nacionaliza, se convierte rápidamente en argentino y sus hijos nacen argentinos. Las escuelas hacen el milagro. La historia les enseña cuáles fueron sus glorias y el camino de su grandeza. Los Ángelis que insultaban a sus compatriotas, a los gringos, la xenofobia, es despreciada. El odio al extranjero, que tanto fomentó Rosas, hoy no se concibe.

El gran problema que suscitó Rosas en la Argentina no fue un problema creado por Rosas, sino por la política porteña, desde el 1810 hasta el 1880. Alberdi fue el primero que vio claro en estos hechos y los explicó a sus lectores. Y tuvo razón plena. Fue el primer gran filósofo de la historia argentina, el historiador que mejor comprendió las causas de nuestras guerras civiles y el desenvolvimiento de nuestra historia. Se dice que la caída de Rosas no solucionó los problemas argentinos; que el Congreso, que la Constitución, tan esperadas por los unitarios y no unitarios, no resolvieron cuestiones internas, oscuras y complicadas. Por supuesto que la caída de Rosas no las resolvió. Ni podía resolverlas por la simple razón de que Rosas no representó ninguna fuerza, ni ninguna teoría política en la historia argentina. Nuestra historia, lo hemos dicho algunas veces, podría escribirse sin mencionar ni una sola vez el nombre de Rosas. Nunca hemos comprendido por qué se menciona el nombre de Rosas en tantas ocasiones y no se escriben en la misma cantidad de veces los nombres de los otros gobernadores que hubo antes y después de su gobierno. Simplemente, el hecho se debe a que Rosas ha perdurado por su carácter san-

griente, por su falta de corazón, de piedad. No ha perdurado por haber creado una política. La encontró bien creada desde veinte años antes y, después de su espantada, siguió como si él continuara en el poder o no hubiera existido. Buenos Aires, con excusas diversas, no se incorporó al Congreso ni aceptó la Constitución y, cuando terminó por aceptarla, lo hizo con la condición de que la Constitución no dijera que la capital de la república era la ciudad de Buenos Aires. La política porteñista, que algunos historiadores llaman rosista, fue más dura sin Rosas que con Rosas. Hasta podríamos decir que Rosas fue un moderador. Cuando un político insistía demasiado en organizar el país se le eliminaba. Cuando una provincia tenía las mismas ideas se la hacía combatir por otra provincia o se hacía callar a su caudillo. A los que hablaban de distribuir las rentas de Buenos Aires entre todas las provincias, que insistían en que el país debía ser gobernado por los representantes de todas las provincias, con una Constitución, se les llamaba locos, salvajes, inmundos, asquerosos, etcétera. Por ello todo marchaba sobre ruedas, hasta que uno de estos locos se levantó y organizó el país.

El odio que creó Rosas en las provincias en contra de Buenos Aires mantuvo dividido el país durante largos años y aún se siente en algunas provincias. Cepeda y Pavón son el resultado de ese odio, concentrado, siempre dispuesto a aniquilar a la parte contraria. Ese odio es el que hizo asesinar a Urquiza, en su palacio de San José, frente a su mujer y a sus hijas, por no haber querido reanudar otra guerra contra Buenos Aires. Es el odio que hizo combatir a Mitre en Cepeda, impulsado por Valentín Alsina, y en Pavón, empujado por los políticos de Buenos Aires, y que terminó por poner un poco de paz, no por el odio triunfante en una parte del país, sino por el talento político de Mitre, que también fue combatido y calumniado. El odio rosista movía del mismo modo a los políticos, periodistas y poetas de las provincias en contra de Buenos Aires. En todas partes se quería guerra, se soñaba aniquilar al bando contrario. Ésta fue la historia argentina. Joaquín V. González lo vio nítido: el odio de unos argentinos en contra de otros argentinos. Odio que nació, triste es decirlo, en la ciudad de Buenos Aires por su política excluyente, antiprovinciana, antinacional, frente a otra po-

lítica, también nacida en Buenos Aires, que defendía la unión, el provincianismo, la organización nacional. Dos bandos como no hubo en ningún otro país de América ni de Europa. Por ello los historiadores que no son argentinos no comprenden ni saben explicar la historia argentina. Y por ello, muchos historiadores argentinos que no han profundizado estos hechos, esta historia, no saben, tampoco, enseñar nuestra historia.

No hay que mezclar, en esta historia de nacionalistas, que buscaban la unión y grandeza de la patria, y antinacionalistas, como los rosistas, que luchaban para mantenerla desorganizada e inconstituida, la guerra de la triple alianza en contra del Paraguay por razones que el Paraguay conoce y la Argentina se calla. Este problema nada tiene que ver con Rosas, salvo el odio que despertó en el país hermano por su obstinación en no reconocer su independencia. Es otra historia que los rosistas tratan de ligar a la nuestra en momentos en que no tenían ninguna vinculación. Unos dicen que si no se hubiera reconocido su independencia el Paraguay sería una provincia argentina. Otros atribuyen a Rosas el deseo de reconstruir el virreinato en una sola nación. Ni unos ni otros saben lo que dicen y es mejor olvidarse de ellos.

La historia argentina es una serie de revoluciones. Estas revoluciones han sido achacadas a la Constitución o al error de haber expulsado a Rosas. Otros desatinos. En nuestra historia han vivido dos corrientes históricas bien conocidas: la constitucional y la anticonstitucional. Unas y otras se combatieron con distintas fortunas. Unas y otras se siguen oponiendo en la actualidad. Y así seguirán, desgraciadamente, por largo tiempo. En cada una de las presidencias tenemos ejemplos elocuentes. Quiera Dios que algún día dejemos de tenerlos.